

INTRODUCCIÓN A ROSSANA ROSSANDA

La historia del comunismo europeo se ha escrito de muchos modos, por los participantes en la misma, por sus adversarios, por los estudiosos del movimiento obrero. Entre quienes han escrito sus memorias, Rossana Rossanda representa una figura inusual. Nacida en 1924, hija de un próspero notario de Istria arruinado por la Gran Depresión, entró en la Universidad de Milán, sin mayores convicciones políticas, en 1941. Dos años más tarde, con el Ejército alemán controlando el norte de Italia y la República Social de Mussolini instalada en Salò, Rossanda se unió a la Resistencia, a la edad de diecinueve años. Comunista en la clandestinidad, en 1947 estaba trabajando a tiempo completo para el PCI, ascendiendo a través de la Federación de Milán al Comité Central en 1960. Por entonces, se había convertido también en editora del influyente semanario del Partido *Rinascita*. Togliatti, apreciando sus talentos, la nombró responsable del departamento cultural del PCI en 1962, momento en el que fue elegida diputada al Parlamento italiano. Cuando en 1967-1968 explotó la revuelta estudiantil, Rossanda expresó, sin embargo, simpatía por un movimiento contemplado con sospecha por la dirección del PCI y contribuyó a la creación de la primera publicación periódica en la historia del partido que se mostraba crítica con sus posiciones desde la izquierda, *Il Manifesto*. Denunciado en el XII Congreso del Partido, el grupo de *Il Manifesto* fue expulsado del PCI en noviembre de 1969, acometiendo la tarea de crear un periódico diario independiente del mismo nombre que perdura hasta el día de hoy.

Durante casi cuatro décadas, Rossanda ha sido su editorialista y comentarista individual más distinguida, escribiendo con un estilo elegante y carente de afectación en su contundencia, que ha convertido su firma en la prensa italiana en todo un referente. Característica de sus intervenciones ha sido la atención permanente a lo social en una cultura más típicamente preocupada por lo político entendido en su sentido más restringido. En 2005 la autobiografía de sus primeros 45 años de vida, *La ragazza del secolo scorso* –extractos de la cual se presentan a continuación– conoció un clamoroso éxito de público literario y político. En ella, reflexionando sobre su papel como una joven mujer con responsabilidades en el partido y sobre las vacilaciones que sintió al ejercerlo, Rossanda observa lo si-

guiente: «No se trata de que a las mujeres no les guste el poder, lo ejercen sin piedad en la esfera privada y unas contra otras. Pero fuera de la esfera privada nos vemos tentadas a seguir, a costa de rompernos en dos, el camino decidido por otros. Nos sentimos extrañas, y como Virginia Woolf lo reivindicamos sin dejar de sufrir sus consecuencias con lágrimas y chillidos. Pero rara vez lo ponemos en tela de juicio, porque implica menos violencia, y sería una virtud, pero también menos responsabilidad, y en este caso dudo que lo sea.»

LA CAMARADA DE MILÁN*

Éste no es un libro de historia. Es lo que me devuelve la memoria cuando me encuentro con la mirada recelosa de quienes me rodean: ¿por qué has sido comunista? ¿Por qué dices que lo eres? ¿Qué quieres decir? ¿Sin un partido, sin cargos, cerca de un periódico que ya no es tuyo? ¿Se trata de una ilusión a la que te aferras, por obstinación, por osificación? De vez en cuando alguien me para amablemente: «¡Usted ha sido un mito!» Ahora bien, ¿quién quiere ser un mito? Yo no. Los mitos son una proyección ajena, con la que no tengo nada que ver. Me desazona. No estoy honrosamente clavada en una lápida, fuera del mundo y del tiempo. Sigo metida tanto en el uno como en el otro. Pero la pregunta me interpela.

La vicisitud del comunismo y de los comunistas del siglo xx ha terminado tan mal que es imposible no planteársela. ¿Qué ha significado ser un comunista en Italia desde 1943? Comunista como miembro de un partido, no sólo como un momento de conciencia interior en el que uno siempre puede arreglárselas: «Con esto o aquello no tengo nada que ver.» Comienzo interrogándome a mí misma. Sin consultar libros ni documentos, pero no libre de dudas.

1936

Cuando tenía doce años tuvo lugar la Guerra de España, de la que era imposible no enterarse habida cuenta del jaleo que armaba el EIAR¹ –periódicos no leía– con sus informaciones acerca de monjas y curas degollados; rojos, sangre, guerra civil, el asedio del Alcázar y un general que sacrificaba a su hijo a los malvados republicanos. Y duró tanto, oía hablar de combates metro a metro, ejércitos, morteros, ruinas, aviones enviados desde Italia, algunos nombres se me grabaron en la memoria, Teruel,

* Rossana Rossanda, *La ragazza del secolo scorso*, Turín, Einaudi, 2006 [ed. cast.: *La muchacha del siglo pasado*, Madrid, Ediciones Foca, 2008].

¹ Ente Italiano per le Audizioni Radiofoniche, sociedad estatal de radiodifusión italiana, creada en 1928, durante el régimen fascista, hasta el año 1944, en que el ente cambia su nombre por RAI (Radio Audizioni Italiane).

Guadalajara, Madrid. No Guernica, tal vez no alardearon de ello. Si acaso, que tío Pierino escuchara Radio Londres mascullando contra Franco me llevaba a pensar que Franco tenía algo de bueno. La familia proyecta sobre el mundo su pobre criterio, silencio y sordera. Me negué a dejarme invadir.

[...]

Aquella puerta, la de Wölfflin o la de Cassirer, me la abrió Banfi. La confusión de los años pasados, los impactos que se habían amontonado y contrapuesto entre sí, se adecuaban en las redes de un hacerse múltiple de la experiencia, en una historia que no tendría fin ni fines, y que de vez en cuando modelaba sus mundos. Mundos, no mundo. Mundos en tensión, que trazan un problema, lo maduran, lo extinguen. Un mundo tiene una llave que lo abre y luego se destiñe y del mismo nace otro mundo pero también lo niega, se sobrepone y pasa, y libros, acontecimientos e ideas encuentran una necesidad y devuelven ecos y luego desaparecen y vuelven a salir a la luz cambiados. Nada carecía de movimiento, nada carecía de sentido, el no sentido se escabullía en aquel despliegue de relaciones, suntuoso y cambiante. Para quienes habían seguido con esfuerzo en los primeros libros la metafísica como una tentativa de totalidad, la clave consistía en el deber de encontrar cada vez una clave sin sumirse en el relativismo. Pero desde ese momento prefieren no enredarse en medias metafísicas, como sucede ahora, cuando la filosofía prefiere el buen comer. Salvo en el sulfúreo Heidegger, con el que me topé mucho más tarde, un gran ejercicio, pero adhesión cero.

[...]

Una guerra que no te pasa por encima no es una guerra. 1939 fue otra cosa para mi compañero de vida, Karol, polaco, que tiene mi misma edad y que con quince años atravesaba el río Bug para unirse al Ejército rojo mientras yo en Milán iba tranquilamente todas las mañanas por vía San Vittore hasta el instituto Manzoni. En Polonia nadie pudo dejar de preguntarse lo que podía acarrear una victoria fulgurante del Eje; entre nosotros se lo preguntaban aquellos que ya lo sabían, pocos y silenciosos. En los adultos el silencio era prudencia, en nosotras las muchachas era inconsciencia. Para mi hermana y para mí, reforzada por la tranquilidad de que papá era demasiado mayor para ser llamado a filas. Además, ser mujer permite no hacerse preguntas. No hay relación entre lo que sabemos ahora y lo que Italia pensó, si es que pensó, entre 1939 y 1940. ¿Cómo pudo creerse que la guerra entre Inglaterra, Francia y Alemania terminaría en un santiamén? ¿Que mientras la Wehrmacht invadía Dinamarca, Holanda, Bélgica, la mitad de Francia y descargaba toneladas de bombas sobre Inglaterra (*coventrizar*; se decía entonces) nosotros habríamos quedado al margen? ¿Cómo pudimos escuchar sin pegar un salto de indignación que mientras tanto nos habríamos cargado a Grecia y habríamos sojuzgado los Balcanes? Mis padres eran de allí, procedían de aquella tierra, pero no hablaron. Se preocuparon de sí mismos, nos protegían a nosotras, sus hijas. Yo me dejaba proteger, escuchaba lo menos posible.

Y no porque no se insistiera en lo que iba a acontecer: el Tercer Reich era un estrépito de enfrentamiento entre órdenes y civilizaciones, iba a doblegar tanto a Londres como a París, iba a aplastar a Moscú.

[...]

Primavera de 1943

Hacer política hubiera significado oponerse y nadie se oponía visiblemente. Tal vez había terminado una identificación, si es que llegó a producirse realmente, pero no fue sustituida por otra. Corría un viento de muerte en el «*Colonnello non voglio pane, voglio piombo per il moschetto*»², de muerte solitaria, y decían que sería el fin de Inglaterra. La gente esperaba, concentraciones inmensas y luego silencio, o un escarnio en voz baja por lo imprudente e incompetente que parecía todo aquello. La actitud era de espera. Me daba asco aquel humor apagado, encogerse de hombros y no decir nada, pero no tenía ni idea de qué se podía hacer, ni mucho menos de qué cabía esperar. ¿Qué idea saqué de Stalingrado? Ninguna. No creo que nos confesaran el luto alemán por la derrota de Von Paulus, el final de la gran ruptura del Este. Y además nosotros no éramos el Reich. Pero nosotros estábamos en el pacto de acero, en la medida en que el Estado pudiera ser «nosotros», continuábamos fingiendo que así era, pero sólo en parte.

[...]

Las primeras voces no badoglianas que escuché fueron las de alguien que pertenecía a Justicia y Libertad. Nos transmitían noticias dudosas. Me llegaron hojas, programas, voces. Eran distintos del badoglismo, sí, eran otro tipo de gente, daban la impresión de ponderar las cosas en su justa dimensión. El 8 de septiembre les estalló encima.

[...]

De los comunistas tenía la imagen que me había hecho de ellos durante la Guerra de España como vengadores de los pobres, violentos, temibles. También dudaba de ello, ¿era o no verdad? Más o menos por aquellos días, Marchesi pronunciaba en Padua el discurso de abertura del año académico y pasaba a la clandestinidad. No creo que nos enteráramos de inmediato. No recuerdo quién me lo dijo: pues Banfi es comunista. Me quedé tan conmocionada que me fui derecha hacia él entre un examen y otro. Él estaba en la sala de profesores, apoyado en el radiador junto a la ventana. «Me han dicho que es usted comunista.» Me miró, ya me había hecho dos exámenes, debió llegar a la conclusión de que era lo que parecía, una que estaba buscando una brújula, que tampoco percibía el sentido mortal de determinadas palabras. «¿Qué anda buscando?» Le hablé de

² Verso de la *Canción de Giarabub*, que recuerda la resistencia italiana en el citado oasis del desierto libio, conquistado por las tropas británicas el 21 de marzo de 1941.

las octavillas que había podido ver, de la confusión, del no saber. Se apartó del radiador, se dirigió hacia el escritorio y en una hoja escribió una lista con su diminuta letra. «Lea estos libros –me dijo– y vuelva cuando los haya leído.» Salí, salí corriendo hacia la estación del norte, en el tren abrí la hoja. En ella podía leerse: Harold Laski, *La libertad en el Estado moderno* y Harold Laski, *La democracia en crisis*; K. Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, y K. Marx, *Las luchas de clases en Francia desde 1848 a 1850*. Un libro de De Ruggiero, creo. Lenin, *El Estado y la revolución*. «De S. lo que pueda encontrar.»

Me quedé de piedra. Era comunista, comunista de verdad. Bolchevique. Desfilaron por mi cabeza las imágenes españolas, sangre, ruinas, violencia. Por cierto, allí venció Franco, ¿pero cuándo, cómo? Ni siquiera lo sabía. Bajé a Como, fui a la biblioteca municipal. Había un empleado de edad madura, amable. Le mostré la hoja. «Mire en el último cajón –me dijo–, el que no tiene etiqueta.» Me encaminé hacia el viejo clasificador de cajones cuadrados. Al fondo, abajo, había uno en blanco, como si aún estuviera por rellenar. Tiré hacia mí. Estaba lleno. En orden. Lo encontré todo, también un K. Marx, *El capital*, de la editorial de *Avanti!*³, con cubierta de tela y una pluma roja –o era una bandera– desteñida. De S. no encontré nada. Sobre la URSS había un libro de viaje de un ingeniero. Rellené las fichas y el bibliotecario me trajo los textos. «¿Puedo llevármelos a casa?» Asintió. No nos dijimos nada.

Subí al tranvía que se empinaba en Camerlata y luego descendía hacia Olmeda. Era de noche, estaba lleno de gente cansada. Yo iba agarrada a un tirador. Delante de mí había tres obreros agotados, tal vez albañiles. Agotados de cansancio y me pareció que de vino, dejados, con las manos toscas, las uñas negras, cabeceando sobre el pecho. No los había visto nunca, mi mundo estaba en otro lugar, ellos eran algo distinto, ¿pero qué? Eran el cansancio sin luz, las cosas del mundo que evitaba, sobre las que nada podía hacerse. Como no podía hacer nada por los pobres, una limosna y se acabó. Las cabezas se balanceaban, sacudidas a cada giro del tren, pero no veía los rostros. Era con ellos con quién tenía que ir. En casa estuve leyendo toda la noche, un día, dos días. No fui a Milán. Cuando volvía, Mimma me quitaba de las manos los mismos libros. Papá y mamá no preguntaron qué estábamos leyendo, nunca preguntaban. De Laski salté al *18 Brumario* y de éste a *El Estado y la revolución*. Me sentí enfervorecida, peñascos enteros a cuyo lado había pasado encontraban su lugar, ya no podía hacer como si no estuvieran o como si fueran fatales.

Volví a Milán. Fui a ver a Banfi. «He estado leyendo.» ¿Todo? Asentí. ¿Qué debo hacer? Me dijo un nombre, una señora, una profesora de Como. Fui a visitarla, me estaba esperando. Era una mujer de mediana edad, de pelo

³ Diario del Partido Socialista Italiano (PSI), cuyo primer número se publicó en 1896. Dejó de publicarse definitivamente en 1994.

leonado, grandes ojeras y párpados caídos, parecía que me miraba por detrás de ellos, voz tranquila y algo arrastrada. Estuve viéndola algo más de un año. No creo que nos gustáramos. «Debes tener un seudónimo –me dijo–. Te llamarás Miranda. ¿Te gusta?» Miranda, qué nombre más imbécil. Pero no me importaba y no veía que sirviera de mucho, llevo en la cara un signo de reconocimiento, riesgo y simplificación. Me encargó seguir a la hermana o algo así de un detenido cuya evasión estaba preparándose, un partisano extraordinario, Luciano Raimondi. Ella era una criatura de mediana edad, algo despistada, asustada, le llevaba de comer, la tranquilizaba. No tengo una gran vocación de cuidado. Me cansaba, pero la evasión salió bien, pusimos a salvo a la señora y pedí hacer cosas más serias.

Resistencia

Desde septiembre de 1943 a octubre de 1945 viví un tiempo que me pareció larguísimo. Unirme a la Resistencia había sido sencillo, la red en torno a la universidad estaba operativa, tan sólo había tenido que decirle a Banfi que estaba preparada. Fue más duro rendirme a la realidad, pataleando por no haber entendido que no se puede escapar de las tormentas del mundo, donde la irremediable melancolía de papá hacía las veces de prueba. Había soñado para mis adentros que el estudio y el trabajo me habrían mantenido al margen. Lo que es peor aún, algo muy íntimo debía haberme dicho, como a las hermanas de sexo a las que miraba de arriba abajo, que en todo caso a una mujer no le ocurre lo que le ocurrió a Renato Serra⁴, se salvan de la trinchera. La guerra habría sido como una compañía opcional.

En cambio, a mí se me había venido encima, y eran implacables las preguntas que se apoderaban de una muchacha dispuesta a reprocharse su ceguera antes que absolverse con el argumento de que no era a ella a la que le correspondía entender las cosas. Y una vez que se da una de bruces con el estado de las cosas, no queda mucho que elucubrar, por aquí o por allá, con los fascistas y los alemanes o con el pingajo de otro país. Si es que conseguía formarse, porque ya era tarde; el ansia del tiempo perdido no me ha abandonado desde entonces. El silencio en el que me había envuelto me parecía cualquier cosa menos inocente, porque no se trataba de que descubriera ahora un fascismo antes invisible, y lo que presagiaba no había querido ponderarlo, examinarlo, tomarlo en serio hasta el final. También debería haber sentido una activa repugnancia por no haber sido coherentemente antifascista, y con la guerra un verdadero sobresalto. Y ahora vagaba entre un miedo no saber bien lo que estaba pasando y trozos de verdades espantosas.

⁴ Renato Serra (1884-1915), crítico literario y escritor italiano. Voluntario en la Primera Guerra Mundial, murió en combate cerca de Gorizia.

[...]

A menudo tuve miedo. Las elecciones obligadas son serias. No había soñado aventuras, quería pasarme la vida en la biblioteca. Y ahora estaba en una aventura de muchos, aceptando hacer e ir allí donde me dijeran, no mucho, nada que resultara imposible; la mayor parte consistía en repetir gestos y calles ignorando si alguien me estaba observando, sabiendo que contaba poco y sin embargo estremeciéndome ante las proclamas de Kesselring, recién pegadas en las paredes, que me informaban de que, por mucho menos de lo poco que estaba haciendo, me habrían ahorcado. Ser ahorcada me producía espanto, he visto ahorcados, con el cuello torcido, los miembros largos y abandonados. No puedo mirarlos, tampoco pude soportar los cuerpos colgados de los pies en piazzale Loreto⁵. No era la muerte, a la que una se acostumbra con la cabeza gacha como a algo que siempre ha existido. Sino que la muerte puede ser contemplada mientras todavía contiene alguna huella de quien había vivido, como en Milán, la pila de fusilados en una plaza vacía por el terror, muertos, amontonados, con los centinelas alemanes e italianos que iban de acá para allá, les tuvieron allí un día entero de un sofocante agosto como forma de represalia ejemplar. Tenían los ojos y las bocas abiertos de par en par, estaban extenuados, criaturas vapuleadas a las que el abandono de la vida convertían en puro agotamiento. Nadie se acercaba, eran nosotros, nos sentíamos reducidos a la nada, era como renegar de ellos, habríamos debido ponernos a su lado, gritar «yo también» y aguardar el final.

[...]

No todo iba sobre ruedas. Si se había hecho tarde y tenía que volver por el toque de queda no podía llevar nada comprometedor. ¿Dónde podía dejarlo? En aquel momento parecían inmensamente más numerosos aquellos a los que no podías pedir: guárdame esto, y los compañeros eran poquísimos e inaccesibles. Esto daba lugar a pensamientos extravagantes: ¿y si fuéramos nosotros los que estamos locos? Una vez las milicias bloquearon el tren de la estación del Norte que me llevaba a Como, nos detuvimos a las afueras de Saronno en el campo nevado, voces italianas nos ordenaron que bajáramos con las maletas y que nos pusiéramos en fila para ser registrados. Yo tenía un capacho con materiales para la parte de la brigada que estaba en Val di Lanzo, el largo compartimento de tercera clase con bancos de madera estaba cargado de gente agotada, nos mirábamos a la cara, de pie, sentados. Delante de aquellos ojos deslicé el bolsón debajo de la banqueta, no podía bajar con aquello. Nadie dijo nada, bajé con los demás sobre la nieve escasa, en fila junto a los vagones. Algunos milicianos pasaron con una muchacha a la que habían apresado, palidísima: ¿Qué vais a hacer con ella? Nada, irá a Alemania a trabajar. Hicieron un registro de los bolsillos y equipajes. No registraron los vagones o si lo

⁵ En Piazzale Loreto, Milán, fueron colgados de los pies los cadáveres de Benito Mussolini, Clara Petacci y otros dirigentes de la Repubblica Sociale Italiana en 1945. En 1944 había sido el escenario del fusilamiento de quince partisanos y antifascistas como represalia de los ocupantes nazis.

hicieron fue distraídamente. Subí de nuevo, nos volvimos a colocar donde estábamos antes, nadie me miraba, nadie abrió la boca. Cuando bajamos en Como me dio la impresión de que se alejaban de mí a toda prisa.

[...]

La gente que se hizo comunista en la Resistencia fue gente especial, nacida entonces, decidida y, así lo pienso, resueltamente realista. A nosotros nos correspondía hacer como y más que los demás, también a la hora de mantenerles unidos. Eso es todo. De los obreros hablaba un poco con Banfi en Milán o más con Dionisio en Cantú. ¿Qué sabía de la lucha de clases después de las primeras lecturas? Un hilo era transparente en *La nostra lotta* de Curiel, mientras que no lo era en absoluto en el resto de los opúsculos u octavillas que conseguíamos ciclostilar o llevábamos de aquí para allá. Pero gracias a los obreros menos jóvenes conseguías enterarte de algo, desde lejos pero por vía directa, cierta, como si entre ellos nunca se hubiera apagado una clandestinidad callada. Fragmentos de vida, afanes y sindicatos masacrados y trabajos forzados de sus compañeros; pero de los procesos de 1936, los últimos, siete años antes, no supe nada y tal vez ni siquiera ellos supieran. De Gramsci⁶ tan sólo el nombre. Menos aún de las grandes diatribas entre comunistas, socialistas y trotskistas en la década de 1930, en Italia no había habido tiempo para destrozarse salvo en los grupos dirigentes, ¿y quién sabía algo al respecto? Nosotros los comunistas éramos antifascistas, y poco faltaba para que también fuera verdad a la inversa.

⁶ Antonio Gramsci (1891-1937), político comunista, filósofo y escritor italiano. Desde 1916 es uno de los redactores de la sección socialista turinesa de *Il Grido del popolo* y del periódico socialista *Avanti!* Tras la Revolución de Octubre, lanza el 1 de mayo de 1919 el semanario *L'Ordine Nuovo* junto con otros jóvenes socialistas turineses (Angelo Tasca, Palmiro Togliatti y Umberto Terracini), que pretenden lanzar nuevas iniciativas políticas tras la Revolución Soviética de 1917; Gramsci dirigirá la publicación a partir del 1 de enero de 1921. Apoya la huelga de 1920, la ocupación de fábricas de septiembre de ese mismo año y la huelga fallida de 1921, polemizando con el PSI. El 21 de enero de 1921, en Livorno, participa en la fundación del Partido Comunista de Italia, sección italiana de la Internacional. En 1922 se celebra el II Congreso del partido en el que imperan las tesis de Bordita opuestas al acuerdo con los socialistas, que Gramsci critica privadamente pero a las que no se opone públicamente. En mayo de ese mismo año Gramsci viaja a Moscú para representar al PCI en la Internacional Comunista. Elegido diputado en mayo de 1924, puede regresar a Roma protegido por la inmunidad parlamentaria. El 10 junio es asesinado por las milicias fascistas el diputado socialista Giacomo Matteotti; Gramsci y el PCI participan activamente en la denuncia y la organización de la respuesta política a este crimen. Entre el 20 y el 26 de enero de 1926 se celebra clandestinamente en Lyon el III Congreso del partido en el que Gramsci es elegido secretario general tras aprobarse sus «Tesis» sobre la sociedad y el capitalismo italiano. En ese mismo año, tras un atentado sin consecuencias contra Mussolini, Gramsci es detenido y procesado como consecuencia de la importante ola de represión desencadenada por el régimen fascista, siendo condenado a algo más de 20 años de reclusión. Durante este periodo escribe los famosos *Quaderni del carcere*, más de 2.800 páginas de apuntes políticos, historiográficos y culturales sobre la situación italiana y la política contemporánea, que serán publicados después de la guerra y cuya edición definitiva se publica en 1975. Liberado definitivamente el 21 de abril de 1937 en pésimas condiciones de salud, muere el 27 de abril de ese mismo año.

[...]

La diferencia entre comunistas y no comunistas se constituyó dentro de nosotros sin que nos diéramos cuenta, estábamos convencidos de ser los más seguros, los más sólidos. En las pocas ocasiones en las que tuve que hablar con alguno de los demás partidos del CLN que no eran socialistas, me hacían perder la paciencia: un abogado liberal que en su día había sido también diputado me recibió con tal susto, diciendo que estaba muy enfermo, que en cuanto pude me marché bajo la mirada impenetrable de Párpados Caídos. No tuve ocasión de conocer a católicos, que sin embargo fueron decisivos en Val d'Ossola, pero con esto tan sólo quiero decir que ella me encaminaba en otra dirección. Párpados Caídos fue la única que me pidió algo a lo que me negué. El *federale* fascista de Como, creo que se llamaba Scassellati, buscaba una preceptora de tarde para la hija, que hiciera algo más que repetir las clases. Yo tenía el aire más adecuado para la tarea, fingiría que era fascista, alguien me presentaría, me enteraría, escucharía, informaría. ¿Espía? No, dije a vuelapluma. Y ella no insistió. Debí considerar que además era peligroso y que habría sido difícil que consiguiera sonsacar informaciones esenciales. Pero tampoco lo habría hecho por más que hubiera insistido, lo que se hubiera salido de lo normal. Poco después, pasé documentos militares a los aliados, pero no era como ir a casa de fulano y, se mire como se mire, abusar de su confianza. Los documentos eran de la Décima MAS⁷, que estaba en Brunate, al norte, y no vacilé un momento en activar la sustracción y ayudar a salir de Ponte Chiasso al marinero que se apoderó de los mismos. Pero no tengo vocación de Mata Hari, y me reservaba los buenos sentimientos.

[...]

Faltaban pocos meses para el final de la guerra pero fueron interminables. Estaba sola y me sentía culpable. Corriendo hacia casa había alertado a los compañeros, había saltado la señal. No sé por qué no me habían arrestado, bien porque no dieron crédito a la denuncia, bien porque sabían más y los alemanes estaban buscando los documentos de la Décima MAS dejándome escapar con la esperanza de dar con el nudo más importante. Ésta fue la hipótesis de los compañeros cuando pudimos hablar de ello, los alemanes y la Décima MAS no podían verse ni en pintura. Pero mientras tanto me mantuve apartada, reduje las bajadas a Milán y nadie me reconocía cuando se topaba conmigo por la calle, durante algunas semanas hicieron el desierto a mi alrededor. Mamá volvió a casa aquella noche sin saber nada y cuando lo supo lloró y me acusó de esto y de lo otro, pero después del arrebató y del miedo no conservó como papá el sentimiento de haber sido traicionada.

Un mes después fui llamada por el CLNAI. Entre la muchedumbre que por la noche se aglutinaba en la Estación norte me esperaba Fabio, al que

⁷ Unidad especial de la Marina real italiana cuyo nombre está ligado a legendarias empresas bélicas.

luego conocería como Vergani, secretario de la Cámara del Trabajo de Milán; era un hombre de mediana edad, sereno, que sin levantar la voz me preguntó si era consciente del peligro en el que había puesto a la red, infringiendo una regla elemental. Fue un rapapolvo sin pasión ni indulgencia. Una persona seria no se deja identificar, no se pone en peligro a sí misma y a los demás. Me sentía como una imbécil incalificable. El inconveniente de la Resistencia era que había que trabajar también con gente como yo, decían sus rasgos cerrados. Me dí por enterada. En su debido momento me harían saber que podría reanudar mi actividad. Y así fue.

[...]

Era una liberación, la liberación. El final de una angustia, el final de una época, todo iba a comenzar de nuevo, durante unos cuantos días yo misma me vi arrastrada por ese sentimiento, Mimma también, en la medida en que podíamos hacerlo habida cuenta del silencio de mi padre, que también se sentía aliviado, pero entre nosotros seguía interponiéndose aquella frialdad. En piazzale Loreto contemplé los cuerpos colgados de los pies. Estaban como fofos, por compasión alguien había atado la falda de la Petacci por encima de las rodillas, los rostros estaban hinchados y anónimos, como si nunca hubieran vivido, cadáveres sin recomponer. Delante de ellos fluía agolpándose una muchedumbre enfurecida, mujeres que gritaban, hombres demudados, gritaban, odio e impotencia que se liberaban. Alguien había hecho justicia por ellos, había algunos escarnios, mucha rabia. Veinte años entraban en zozobra. Me fui, tal vez era un ritual necesario, era tremendo.

[...]

Liberación

Para nosotros la guerra acabó aquel 25 de abril, banderas y *Fischia il vento*⁸, un gran suspiro liberador, y casi no nos dimos cuenta de que aquella guerra continuaría chorreando algunas semanas más. El 8 de mayo llegó la noticia de la capitulación alemana, pero las imágenes las he visto muchos años después por televisión. De Japón tenía un conocimiento vago, estaba lejos y no aguantaría solo. El fragor de Italia me aturdí. Me asombraban benévolaemente los aliados sin las grandes botas y sin la afectación de los alemanes. Los estadounidenses parecían muchachotes, no desfilaran encuadrados, o había un cierto *fair play* entre ellos, los ingleses y el CLNAI, para que no hicieran una excesiva ostentación. Los ingleses promovieron enseguida, sin ocultarlo, un periódico: *Il Corriere Lombardo*, los *boys* distribuían cigarrillos. En los primeros días algunos de ellos podían parar con buenos modales a una muchacha para preguntarle: «¡Please, es usted puta?», y tras la furibunda reacción pedían perdón y

⁸ *Fischia il vento* [Silba el viento] es una de las principales canciones del movimiento partisano, cuyo texto se remonta al origen del movimiento de resistencia en septiembre de 1943.

se llevaban la mano a la gorra, como si hubiera solicitado alguna información normal. No lo hacían así desde luego los alemanes, ni tampoco recuerdo que señalaran sus burdeles con un *off limits*. Pero esto no era nada, contemplaba aquellos uniformes esbeltos, libres de la melancolía de nuestros soldados de infantería, con recelos muy distintos, dudando de aquella apariencia desenfadada y sobre todo de que el país fuera nuestro. Lo era dentro de determinados límites.

[...]

El final repentino de la organización clandestina me dejaba de golpe conmigo misma, devuelta a mi camino privado. Me esperaba la tesis, encontraría un trabajo, se abría todo aquello que me había parecido inalcanzable y feliz, pero no debía estar tan exultante puesto que, cuando vuelvo a evocar aquellos días, lo que más aflora son algunas horas solitarias, como si, una vez que las cosas han terminado surgiera socarronamente, junto a la dimensión de la tragedia y del peligro, el peso de los retrasos y de las dudas. De estas horas algunas han conservado durante medio siglo su tono inquieto.

[...]

No sé en qué había podido equivocarme en las más bien escasas posibilidades que me habían sido dadas, pero negligente con mi familia, sí, lo había sido, aprovechándome de su reserva. No viviré como ellos, pensé, tirando del carro, haciendo frente a un deber tras otro para luego caerme muerta. Yo me saldría con la mía, ni un 1929 ni una guerra iban a impedírmelo. Por eso era comunista: fascistas y amos del mundo no pasarían por encima de mi generación. Y no habría otra guerra. Pero no había echado un mano a mis padres, dignos y agotados, no me la habían pedido, ¿o acaso sí? Una sola vez –aquella vez– papá me la había pedido y yo se la había negado. Más a menudo me la pedía mi madre, impaciente pero distraída, y luego se olvidaba. Ella sabía recoger ese poco de miel que destila hasta del día más duro: no a Anita, sino a Luigi debo mi inclinación a la melancolía. Ella, que ante la repentina huida de papá parecía que iba a enloquecer, consiguió no venirse abajo por una dignidad que le era natural, volvió al trabajo y la sostuvo la curiosidad de las personas y de las cosas, amable y disponible, concentrada como cuando trazaba con el lápiz la forma de una rosa. O así se esforzó en aparecer, o así preferí verla. Para ella no fue fácil tener una hija comunista, pero no me lo impidió –me lo recordaba nerviosamente de vez en cuando, se lo recriminaban–. Pero eso fue después, porque mientras tanto, conseguida la licenciatura y con un trabajo, estuve un año o dos de profesora ayudante de estética, un puesto que abandoné cuando me uní al hijo de Banfi, Rodolfo, que se convirtió en mi marido y amigo; en aquel entonces no se reparaban las tareas familiares, tampoco las gratuitas. Luego volvió Borgese⁹, al

⁹ Giuseppe Antonio Borgese (1882-1952), escritor, periodista y crítico literario italiano. Exiliado en Estados Unidos durante el régimen fascista.

que naturalmente Banfi devolvió la cátedra, no recuerdo si y por cuánto tiempo la tuvo. No le pregunté a Banfi por qué juró después de haber firmado el manifiesto¹⁰ de Croce, el caso es que parece ser que lo hizo; a medida que me hacía adulta iba aprendiendo una cierta misericordia. Yo también me había presentado a las pruebas de filosofía, salvo la de teórica, porque no había husserlianos en los alrededores y no tenía recursos para ir a Alemania; por eso tampoco leí mi tesis en aquel curso de licenciatura, después de haberla dejado en remojo un par de años. A decir verdad, la elección era muy distinta: lo mío sería la historia del arte, la estrella polar Longhi, la Cruz del sur Marangoni, el lugar del alma la biblioteca Warburg. ¿Qué arte? El gran arte. No me licencié con Marangoni porque le había propuesto un trabajo sobre Giovanni Pisano; había guardado durante mucho tiempo las fotografías que Werner Bischof hiciera de las estatuas de la parte alta de la catedral cuando fueron bajadas y almacenadas en un depósito: a la altura del hombre parecían como retorcidas, arrastradas por un vórtice de la perspectiva, violentas, expresionistas. Marangoni me miró como si fuera un insecto: él tan sólo asignaba investigaciones sobre los menores. Pero qué menores, yo quería ir al grano cuanto antes, iba a descifrar, qué digo, a descubrir, a imponer un giro radical en los estudios, quién puede decirlo. O dirigiría una galería, un museo, una dirección general, tal vez en Venecia, se me habían metido dentro el color, la luz, e iba a ir mucho más lejos que el afectado Lorenzetti. La manía de grandeza nunca me había abandonado, no albergaba dudas acerca de mi suerte. Que fue completamente distinta.

[...]

En el frío

En 1945 no hubo historias, las cosas estaban como estaban, nos recuperábamos de una tragedia y las urgencias eran lo primero: había que volver a poner en marcha, había que reconstruirlo todo, Italia y en nuestro caso Milán estaban destruidas, era preciso salir de la escasez, moverse, volver a trazar los espacios personales y abrir de nuevo los públicos, calentarse y recuperar un retraso de décadas. Habíamos perdido la cuenta del mundo, habíamos estado fuera del mismo; el fascismo había durado veinte años y lo que había antes era la *Italietta*. Nada de lo que poder sentirse orgullosos. «Aquí hacen falta hombres, querida, debemos parirlos usted y yo», espetaba con voz aguda y vibrante Fernanda Wittgens a las chicas, nos reíamos de nosotras mismas, las melancolías se habían quedado en el tránsito de Como a Milán, al prolongado dolor del fantasma de la guerra se fue uniendo hasta terminar imponiéndose una paz sonora, espesa y atareada.

¹⁰ El *Manifiesto degli intellettuali antifascisti*, escrito por el filósofo Benedetto Croce y publicado en el diario *Il Mondo* el 1 de mayo de 1925, fue una respuesta al *Manifiesto degli intellettuali fascisti* publicado con anterioridad. El manifiesto supuso la ruptura con el fascismo de Croce, que había votado a favor de la entrega del poder a Mussolini.

Muchas de nosotras no parieron en absoluto, pero en nuestro ajeteo estábamos un poco en babia. No es que no se hiciera el amor después de la guerra, supongo que sí, y no sólo por la cantidad de niños que a su debido tiempo vinieron al mundo; pero no del modo programático en que se produjo en 1968. Como mujer, cada una tenía que vérselas con su propia historia, su formación y sus inhibiciones, en la separación entre una cabeza audaz y una práctica refrenada. Poco sabíamos de revolución o represión sexual, buscábamos y encontrábamos un compañero, y ellos nos buscaban a nosotras, no todo iba como la seda y todo se fundía en el mismo caldero de los cambios. Hoy diríamos políticos o de costumbres, pero a ver quién era capaz de distinguir en aquel entonces, todo era lo mismo. O tal vez no, como comprendí mucho más tarde gracias al feminismo que me miró de reojo en la década de 1970. Para las muchachas de 1945 la alternativa era la vuelta al modelo familiar o acostumbrarse a vivir partidas en dos entre confusión interna y mundo exterior. No entre razón y sentimientos –las pasiones no sólo corresponden a los sentimientos–, sino entre vivir como mujer y como persona. La unidad pertenece al feminismo, cuando éste sale bien, porque es preciso escabullirse de raíces seculares para, tentadoras y seductoras, reformularse. Y también para desnudar en público los propios sentimientos. Cosa que no se nos pasó por la cabeza a nosotras. O por lo menos no a mí.

[...]

Aquello fue un frenesí, una alegría bellísima, el verdadero sabor de la no guerra. Giulio Einaudi¹¹, Pavese¹² y Calvino, pero también Cerati y la librería de Vando Aldrovandi ampliaban el horizonte estadounidense e inglés que nos habían hecho vislumbrar Pavese y Frassinelli, *Moby Dick* y *Dedalus*: hoy se dice que era poco, que no se habían enfrentado lo bastante con el gobierno fascista, no lo sé, pero que los libros de determinados editores eran algo distinto de Papini y Pastonchi estaba clarísimo, incluso para alguien poco politizado como yo. En los regímenes totalitarios circulan, desde luego mucho más cuando se acercan a su final, fragmentos de una cultura distinta, de reojo, empotrada y reconocible como tal.

[...]

Había muchísimos comunistas y socialistas. Socialistas de la particular raza italiana que en Milán cobraba además un olor de herejía con Basso¹³

¹¹ Giulio Einaudi (1912-1999), uno de los más importantes editores italianos del siglo xx, fundador en 1933 de la editorial que lleva su nombre.

¹² Cesare Pavese (1908-1950), escritor italiano vinculado a Einaudi y después de la guerra al PCI.

¹³ Lelio Basso (1903-1978), político y escritor italiano. Antifascista, participa en la Resistencia y con otras personalidades de la izquierda antifascista participa en la fundación del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria (PSIUP), del que Basso fue uno de sus dirigentes. Diputado de la Asamblea Constituyente, participa en la redacción de la Constitución italiana de 1948. Desde 1946 a 1968 fue constantemente elegido diputado; senador en 1972 y 1976, se sitúa siempre en la izquierda del PSI desde 1959, contribuyendo en 1964 a la fun-

y Lombardi¹⁴, ambos un poco bajo sospecha en Roma, el primero por lumburguiano en tiempos en los que no era nada habitual, el segundo por haber propuesto un impuesto sobre la renta de las acciones cuando Roma evitaba a toda costa crear problemas a Bresciani Turrone en la Constituyente. Cayó también bajo sospecha para el PCI Rodolfo Morandi¹⁵ en su primera versión, cuando, en la inmediata posguerra, se orientaba hacia los Consejos de gestión.

[...]

Fui a la sección para reanudar la continuidad con los comunistas. No eran las mismas personas, los partisanos y la red clandestina se sumergían en una masa distinta, salvo en el caso de algunos que además se demostraron capaces de tejer la red de la paz, otro quehacer. Pero reconocía el perfil, gente que trabajaba y se aplicaba con tesón y además era comunista. Durante los dos años terribles, o incluso antes, algunos habían cumplido con su deber. Pero también había gente que no lo había hecho, que se había visto arrastrada por los acontecimientos, y ahora buscaba una brújula, y me sorprendió –y dudé que fuera justo– que las puertas estuvieran abiertas, mientras que las modalidades de acogida fueran completamente inexistentes. Desde luego no era el partido de Lenin.

Recobraba la fábrica, es más, la descubría, no la pequeña empresa de Cantú que se multiplicaría en Brianza, sino la Innocenti, la Alfa y la Borletti que todavía estaban en la ciudad, la Breda y las Marelli y la Falck en Sesto San Giovanni; era la industria, la clase obrera, el paisaje de la modernidad, muros altos, grandes talleres, patios, chimeneas, verjas, grisuras, grandes magnitudes. Delante de aquellas cancelas la carretera estaba un poco desfondada por tantos pies, por los terraplenes, obstaculizada por camiones y grúas; salvo en la Borletti, que asomaba en via Washington, era como si la ciudad se retirase varias decenas de metros de la ciudad o viceversa, porque los inmuebles en los que se producía tenían un aspecto provisional, intercambiable, cada vez menos ladrillos y más cemento y planchas justo después de las fachadas en forma de cabaña o las perforadas de principios del siglo xx. El movimiento moderno sólo llegó con la Olivetti de Ivrea, la fábrica no era arquitectura, era tan solo un contenedor. Había una belleza en las máquinas, pero entre las piezas de acero y las articulaciones aparecía en las juntas algún trapo chorreante, la

dación del nuevo Partito Socialista Italiano de Unidad Proletaria. Basso desplegó también una intensa actividad cultural: en 1958 lanzó la revista *Problemi del socialismo*, todavía en circulación con el título de *Parolechiave*, mientras que en 1973 fundó la Fondazione Lelio e Lisli Basso en Roma y en 1976 la Fondazione Internazionale e la Lega Internazionale per i Diritti e la Liberazione dei Popoli.

¹⁴ Riccardo Lombardi (1901-1984) ingeniero, político socialista y partisano italiano. Antifascista, milita en el Partito d'Azione y tras la disolución de éste en el PSI, siendo diputado ininterrumpidamente desde la Asamblea Constituyente (1946-1948) hasta 1983.

¹⁵ Rodolfo Morandi (1903-1955), economista y político socialista italiano. Antifascista, participa en la Asamblea Constituyente por el PSI y es favorable a la alianza con el PCI.

huella del obrero que, en tiempos, ponía en marcha su máquina con un golpecito, porque estaba sobrado de experiencia.

Entrábamos en ellas para llevar la prensa, para afiliarse y discutir, en los locales del sindicato hasta que éste fue expulsado, o esperábamos a los obreros y las obreras cuando salían al sol que no calentaba para comer lo que habían traído de casa –los comedores llegarían después– y cuando terminaban los turnos o por la noche en las secciones, mientras estuvieron contiguas a la fábrica. En los primeros tiempos algunas grandes fábricas eran abiertas y en alguna de ellas a veces nos pasábamos de la raya: en la Innocenti el Consejo de gestión era el amo de la empresa, lo dirigía un compañero inteligente e ingenioso, dotado de ese espíritu lombardo algo sarcástico, se llamaba Muneghina, y el gancho que colgaba de una cadena aérea en movimiento a veces se divertía persiguiéndonos e incluso levantándonos en vilo varios metros. Los obreros llegaron prácticamente a pensar que las fábricas, que ellos habían defendido frente a todo traslado y frente al sabotaje alemán en la retirada, eran suyas, es decir, nuestras; y no por ello dejaron de funcionar. Cuando sonaba la sirena, ellos, la mano de obra, se precipitaban hacia los tranvías, porque reconstruyéndose la ciudad los expulsaba, vivían y venían de fuera, en trenes o en los vehículos de los no residentes, humeantes de aliento y niebla.

Pero era una empresa muy difícil captar a las mujeres de rostro gris, con las facciones tensas y la permanente ferrosa: no hacían más que correr, para no llegar tarde a la fábrica o para comprar la leche antes de que cerrara la tienda y preparar la *schisceta* [tartera] para la mañana siguiente. Después de cenar, mientras el marido bajaba a la sección, ellas ponían en remojo la colada para la noche o planchaban la que se había secado, el domingo él salía vestido con sus mejores prendas y ella hacía la limpieza a fondo de la casa, lo que significaba raspar el suelo hincando las rodillas. Por lo demás, eran de poco hablar, él y ella, el lombardo quedó enmudecido por la contrarreforma, la peste y el capitalismo.

A la sección se bajaba para idear la otra historia, la salida victoriosa, que no vencedora, de la Resistencia. Era la otra guerra, sorda y de larga duración. A las células de calle (durante varios años las hubo) se bajaba por la noche; en la memoria siempre bajo, porque las sedes que habían sido fascistas no tardaron en quedar prácticamente en manos de la clase dirigente, mientras que el PCI, a medida que la mayoría de ellas eran reconquistadas por algún propietario, descendía fatalmente a los sótanos de las viejas casas populares, aquellas que en Milán constituyeron un enorme cinturón después de las casas de balcón corrido. Se accedía a los mismos por el patio, la puerta estaba señalizada con la hoz y el martillo o con el anuncio de la última reunión, y nada más bajar unos escalones se entraba en las vísceras del inmueble, con tuberías por todas partes, muros repintados por el compañero pintor, dos banderas en las paredes y sobre la mesa el paño rojo que al final se doblaba y se guardaba. Había gente,

a veces se llenaba, algunos bajaban las escaleras para ver cómo eran los comunistas y se sentaban al fondo.

El informe nunca era corto, partía del estado del mundo, aunque en los varios lo urgente era la factura del teléfono. Se hacía referencia a los acontecimientos internacionales o del país, y siempre de lo que había discutido o decidido una dirección o el comité central. Tal vez provoque sonrisas esa aproximación (el «esquematismo»), el pasar peldaño a peldaño del centro del mundo a la periferia, al barrio, de la información a la «disposición», pero supuso una inmensa aculturación. Movilizaba a los «cuadros» y a todos aquellos que eran capaces de hablar, porque los funcionarios y los periodistas disponibles eran pocos respecto al territorio que había que cubrir en la metrópolis en forma de estrella y en su enorme provincia. Éramos enviados en tranvía a Rogoredo o a piazzale Corvetto, pero el sábado por la noche o el domingo por la mañana íbamos apretujados seis o siete en la *giardinetta* de alguno de nosotros, que nos depositaba uno a uno por la provincia yendo de pueblo en pueblo y esperaba con el último del recorrido –que solía ser yo– a que terminara el mitin o la reunión para recogerlos como las cuentas de un collar y llevarnos de vuelta a Milán.

Era el partido duro que fue consumiéndose en las décadas de 1970 y 1980 y fue destruido por el cambio de rumbo de 1989, una red fatigosa pero viva que estructuró al pueblo de izquierda contra la homologación de los periódicos, de la radio y de la primera televisión, todas en manos del gobierno. ¿Quién recuerda que hasta 1963 ningún comunista habló ante los micrófonos y ante las cámaras de televisión? Era un pueblo que se unificaba en nombre de una idea tal vez simplificada de la sociedad, entre preguntas vacilantes y respuestas menos vacilantes; pero mientras cualquier otra comunicación conducía a una opinión media privada, el partido se esforzaba hasta la obsesión en verse en el mundo y en ver el mundo a su alrededor. La sección de Lambrate oía, una vez terminada la jornada de trabajo, lo que había dicho Truman, lo que estaba pasando en Berlín, lo comparaba con lo que había atrapado a ráfagas por la radio, sabía dónde estaban Seúl o Portella della Ginestra; el ignorante no era despreciado, pero tampoco adulado; eran la burguesía, el imperialismo, los patronos, los que querían que fuéramos ignorantes. Observando aquellos rostros a la escucha, pensaba que para cada uno su propia historia dejaba de parecerles casual o desesperante, cobraba sentido propio en un marco mundial de avances o retrocesos. A continuación había un debate. No era nunca un gran debate. Cuando uno tomaba la palabra para poner algo en tela de juicio –siempre por la izquierda, el partido nuevo parecía demasiado inclinado a hacer concesiones– saltaba un reflejo de defensa de la línea que no sólo procedía de la mesa del relator: todo salvo dividir aquel embrión de otro país, salvo volver atomizados al barrio, solos a la fábrica.

[...]

De cuanto aconteció después de 1945 y en particular después de 1947 conservo la imagen de la lucha de clases en estado puro en una fase no

revolucionaria, limitada por barreras estatales e internacionales muy sólidas. Un esquema que, pensándolo bien, parece culto y complicado, y respecto a las ambiciones personales que se advertían en otros partidos, en el nuestro eran las ideas, el proyecto, el partido, lo que importaba, no el individuo, porque nadie iba a conseguir nada por sí solo. Esto unió durante muchos años a obreros, campesinos que abandonaban la tierra, migrantes del Sur y del Véneto blanco, que se fundían en el norte sin excesivos reparos, que seguían a los dirigentes entre la fidelidad –nosotros también teníamos gente importante– y esperanza unida a una pizca de desconfianza. Durante mucho tiempo estuvo colgada en el despacho de Trentin¹⁶ una fotografía de Di Vittorio¹⁷ que cruza la mirada con un joven obrero, se interrogan sin sonreír, hay preocupación y pregunta.

Aquella gente llegaba cansada de la jornada de trabajo, en su mayoría eran pobres pero no todos; eran obreros, maestros, ingenieros, pocos estudiantes; se reconocían por el uso de la palabra, tenerla o no tenerla. Venían vestidos con decoro, había una verdadera pobreza y por eso no había ningún pauperismo. ¿Qué encontraban allí? ¿Qué más aparte de sentirse ya como un sujeto colectivo y reconocido, una fuerza que estaba convencida de que había que cambiar? ¿En qué medida y hasta cuándo depositó sus esperanzas, razonablemente en el ámbito de un mundo dividido, en un cambio de las cosas, de las relaciones de fuerza? No sabría decirlo, tal vez no haya signos, días que indiquen el desfallecimiento no confesado de un mañana distinto, que induzcan al silencio, a la disminución de los presentes en la sección, porque estar juntos ya no es suficiente, las palabras del relator parecen huecas.

Yo bajaba como los demás, escuchaba, rara vez intervenía, asumía mi parte de las tareas. Aprendí muchas cosas pero no estaba ni sorprendida ni seducida, no siempre estaba convencida, pero me parecía normal no estarlo. Ya no era una adolescente, no busqué y no tuve una religiosidad del partido. Estaba mi formación, que era una cosa, y la que advertía en el relator y veía hacerse en quienes escuchaban sentados en las sillas a mi lado, que era distinta. Nunca pensé que tuvieran que coincidir. Tenía una experiencia que me había marcado y me esperaba mi propio camino, mi trabajo, mi vida. En los cuales entraba también, como algo decisivo, pero no único ni tampoco central, el PCI.

¹⁶ Bruno Trentin (1926-2007), partisano, militante comunista, sindicalista y político italiano. En 1946 se licencia en derecho en la Universidad de Padua con Norberto Bobbio, ampliando posteriormente sus estudios en la Universidad de Harvard. En 1949 se inscribe en la CGIL y comienza a trabajar en el centro de estudios del sindicato. Se afilia al PCI al año siguiente, siendo elegido concejal de Roma (1960-1973) y después diputado (1962-1972). Secretario general de la Federazione Italiana Operai Metallurgici (FIOM-CGIL) entre 1962 y 1977 y de la CGIL entre 1988 y 1994. Fue miembro del Consiglio Nazionale dell'Economia e del Lavoro (CNEL) y desde 1994 dirigió el departamento de programas de la CGIL, siendo entre 1999 y 2004 parlamentario europeo en las filas de los Democratici di Sinistra.

¹⁷ Giuseppe Di Vittorio (1892-1957), partisano, militante comunista y sindicalista italiano, fue el primer secretario general de la Confederación General Italiana del Trabajo (CGIL) en 1945.

[...]

Y en cambio llegó a serlo. Decidí abandonar Hoepli para dedicarme al trabajo político, debió ser en 1947. Ya no se decía para ser «revolucionario profesional», pero no le faltaba una cierta solemnidad, se aceptaba un salario obrero e implicaba una cierta prioridad por encima de todo proyecto personal. Pero mientras que con el primer punto estaba plenamente de acuerdo, con el segundo mantenía una reserva: no renunciaba completamente a mi proyecto, atribuyéndome un tiempo ilimitado o evitando aclararme conmigo misma. Entretanto, echaría una mano para poner en marcha la Asociación para las relaciones culturales entre Italia y la Unión Soviética. Transitoriamente. Luego ya veríamos. No faltaban razones para ello: acerca de la URSS no se sabía casi nada, los fascistas la habían exorcizado con el complot demo-pluto-judeobolchevique, Occidente no era un testigo creíble. La alianza de la guerra terminó antes de que ésta última terminara, las bombas atómicas arrojadas sobre Japón tenían también otros objetivos, y el discurso de Churchill en Fulton despejó cualquier duda. Poco después en Italia estallaba la unidad antifascista, y nos encontramos no sólo en la oposición, sino a la defensiva. Como aquella lejana Unión Soviética.

Jamás olvidaré mi primer mitin, en Castelnuovo Bocca d'Adda, la gran plaza entre casas bajas con la iglesia al fondo, los pocos compañeros a mi alrededor que sugieren: «Esperemos a que acabe la misa para que la gente se detenga a escucharte», el párroco todo de negro que sale a la anteiglesia para vigilar a su rebaño, ¿se dirigía hacia mí o hacia su casa? Iban a casa, la plaza se quedaba sin gente, y los compañeros me consolaban: «Te escuchan por detrás de los postigos, tienen miedo de que les vean.» Y así me lancé, intentando comprender a partir de aquellos rostros atentos si las palabras tenían algún efecto, al fondo el cura que me parecía enorme y en un momento dado llegó también «*el falchett*», el hijo de los señores que en domingo daba vueltas con su Aurelia Sport, al que se conocía también como el ataúd volador, en busca de chicas, y se detuvo lleno de curiosidad.

Todos los pueblos de las tierras bajas de la Lombardía se deslizan en mi memoria en este escenario al menos durante dos décadas, hasta que se hicieron ricos, repintaron la plaza que se convirtió en centro histórico con las tiendas de Armani y Versace en las esquinas. Cada vez que el coche me depositaba en una de estas plazas se me hacía un nudo en el estómago, y no dejó de pasarme lo mismo ni siquiera cuando llegué a ser más experta, seguía con los ojos a los que pasaban sin detenerse, me parecían muchísimos, como aquellos con los que me cruzaba yendo hacia el lugar del mitin, no les interesamos, está claro, ¿qué estoy haciendo aquí? No seré capaz, no es mi sitio. Y no lo era. No sé cómo hablaba, qué llegaba a aquellos rostros serios, tanto obreros como no obreros, o cerrados como los de los campesinos que llegaban todavía con su capa: podía palpar la distancia de la que debía parecerles haber salido. Estaban allí para colgar las penas de su vida a una razón mayor, a una esperanza: qué otra cosa

podía empujarles a venir? Desde luego, no conseguía remover sus emociones, como Togliatti, Terracini y Nenni¹⁸ en la plaza del Duomo. Mis padres me parecían más modernos, se podía hablar de forma pausada, tarde o temprano habría aprendido, sin aquellos ápices y aquellos finales que no habría sabido cómo introducir. Me lanzaba llena de sudor frío, escrutando a la gente que tenía delante, sintiendo si poco a poco la muchacha que venía de Milán suscitaba después de una primera sospecha la sensación de que no estaban solos, que otros estaban con ellos, si lograba utilizar el margen que se concede de antemano a una mujer, había que ayudar a la compañera. En definitiva, si se anudaba el hilo que nos mantenía unidos. La sensación era curiosa: éramos muy fuertes, los únicos que estaban organizados, pero en un mar de curas y vírgenes peregrinas, cuyas estatuas orantes y floreadas eran paseadas por todas partes para exorcizarnos a nosotros, el demonio. Me daba cuenta de los muchos silencios, pero los atribuía a una temerosa simpatía. Era verdad que éramos fuertes.

Tan verdad era que cuando comenzaron a circular los primeros datos del escrutinio en la cinta luminosa de la fachada del edificio de los periódicos en la plaza Cavour –estábamos allí amontonados con la mirada puesta en la fachada– nos sentimos incrédulos. El escrutinio era lentísimo, comenzó el martes por la noche y duró casi dos días, pero las primeras y pequeñísimas mesas de provincias daban DC, DC, DC. Al principio con pocos datos, luego a raudales. Con un tercio escrutado la DC aparecía en cabeza y con no poca ventaja sobre nosotros, mucha, muchísima. No podíamos creerlo, estaban ocultando, estaban dejando para el final del escrutinio los lugares en los que íbamos en cabeza. Pero resultó que también en Sesto, también en los barrios que sabíamos que eran proletarios, en todas partes estábamos por debajo de las previsiones más pesimistas. Perdíamos en todas partes, la gente nos abandonaba, no creía en nosotros, nos ahogaba en un mar de votos en blanco. Estábamos por los suelos, pasmados ante una Italia –la nuestra, el norte– que al fin y al cabo

¹⁸ Pietro Nenni (1891-1980), político socialista. Dirigente del PSI durante la década de 1920, comisario político en las Brigadas Internacionales en la Guerra Civil española, participa como partisano en las Brigadas Garibaldi, siendo uno de sus miembros influyentes. Confinado en Ponza en 1943, huye a Roma donde con Sandro Pertini, Giuseppe Saragat y Lelio Basso logra unificar a los socialistas italianos en el Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria (PSIUP). Secretario general del PSIUP, favorece inicialmente una relación estrecha con el PCI apostando por el «frentismo» en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Esta opción provoca la escisión del partido en 1947 que da lugar al Partito Socialista dei Lavoratori Italiani, dirigido por Giuseppe Saragat, que posteriormente pasó a denominarse Partito Socialista Democratico Italiano en 1952. En las cruciales elecciones de 1948 hace entrar a su partido en el Fronte Democratico Popolare, la coalición de izquierdas con los comunistas de Togliatti que, obteniendo poco más del 30 por 100 de los votos, es vencida por la Democracia Cristiana. Tras los sucesos de Hungría en 1956, se orienta hacia el centro, pensando en un frente de centro izquierda, iniciativa que lleva a buen puerto con Aldo Moro, Ugo La Malfa y Giuseppe Saragat. Tras esta operación, la izquierda del partido se escinde en 1964, dando lugar al Partito Socialista Italiano di Unità Proletaria. Diputado en numerosas legislaturas y vicepresidente del gobierno con Aldo Moro, es elegido senador vitalicio en 1970.

era distinta de cuanto pensábamos al recorrerla, la Italia de los que no llenaban ninguna plaza, ni siquiera aquellas en las que hablaba uno de ellos, ausentes y poderosos. Había ganado la burguesía, y con ella la iglesia de Pío XII.

[...]

La posguerra terminaba por segunda vez, la primera había sido la caída del gobierno de unidad antifascista, que nos había preocupado, pero como una maniobra frente a la cual se habría impuesto la voluntad popular que iba a expresarse el 18 de abril de 1948. Y entonces pudimos comprobar con nuestros propios ojos que no era así. Aquella derrota decisiva no dejó de sorprendernos, o al menos me sorprendió, iba a establecer durante años (y no podía saber cuántos) la absoluta centralidad de la Democracia Cristiana junto a la severa reducción de nuestras fuerzas. Y en efecto, justo después de las elecciones llegó el diluvio, una ola de fondo que arrastraba todo a su paso. Estábamos fuera del gobierno para siempre, y nada sabíamos de la *conventio ad excludendum* que fue formalizada más tarde: porque no es cierto que de inmediato, desde 1945, se hubiera activado el factor K, la exclusión geopolítica que en 1989 todos consideraron como algo obvio. Se formó más lentamente, a la par que nuestra debilidad, con el desafío entre las dos superpotencias, la OTAN y las pobres tramas de Gladio.

Fue en 1949, si no me equivoco, cuando parecíamos liquidables, acorralables. En el ayuntamiento de Milán quedaba Antonio Greppi, la fase del centro derecha comenzaría en 1951, pero toda la ciudad, que era una de las grandes zonas industriales del país, se vio embestida por la reconstrucción posbélica. Lo que quería decir por encima de todo la cruel poda de las fábricas y de su correspondiente mano de obra que habían sido necesarias para la guerra. En Milán, Turín, Génova —que formaban en aquel entonces el triángulo industrial— era algo palpable, junto con el desgarró sindical que trajo consigo. ¿Cuáles eran nuestras fuerzas, seguíamos siendo fuertes? Era la pregunta más angustiosa. Eramos menos fuertes, ¿pero cuánto menos? ¿Y por qué?

Siguió la década más interesante. Antes que nada, llegar a los cuarenta es agradable, las inquietudes de la juventud han terminado, mientras que las de la madurez son mantenidas a una distancia razonable, y la vejez está lejos aún. Y además, entre finales de la década de 1950 y principios de la de 1960 se produjo un cambio veloz de las ideas e incluso de las cosas a nuestro alrededor. Era el *boom*, la coexistencia, la nueva frontera, el final de los colonialismos, todo lo cual vino acompañado de un crecimiento de la izquierda y de la buena conciencia.

[...]

En el partido tácitamente nos quitamos de encima a la URSS, es la verdad. Tienen razones para ofenderse por ello los disidentes del Este, y nuestros censores para vociferar «qué vergüenza». Creíamos haber levan-

tado acta de lo que era la Unión Soviética, pura y dura: lo ideal habría sido separarse de ella en un Partido Comunista que abriera la boca y hablase a los soviéticos con una voz ante la que no pudieran hacer oídos sordos. El PCI no fue nunca ese partido. Y además la URSS parecía apoyar todavía a los países que buscaban una independencia –más tarde resultó que tampoco esto era completamente cierto–. Lo cierto es que apartamos la mirada de aquel planeta algo socarronamente. Asimismo, fuera de nosotros, la campaña con motivo de Budapest fue perdiendo virulencia, no tuvo ni la crudeza ni la duración de la de 1948, ya no se trataba de decidir si Italia iba a terminar en manos de un bloque progresista o de la Democracia Cristiana, y parte de las cancillerías occidentales debieron percibir que la URSS había jugado una carta funesta y había pagado por ello un precio nada despreciable en los partidos comunistas. Que no obstante seguían siendo el enemigo que había que derrotar.

La década prodigiosa

Lo que terminó en la década de 1960 fue la Guerra Fría. Dicen que terminó en 1989, pero no fue esa la percepción que tuvimos; la periodización de un historiador es distinta de la que se ha desarrollado encima de nosotros. La Guerra Fría terminó con la década de 1950, después no dejó de haber enfrentamientos graves, pero no eran la norma, y hasta que llegó Ronald Reagan, que erróneamente nos pareció un coletazo nada sobresaliente de la derecha, dejó de pensarse que un bloque destruiría al otro a golpe de bombas. Porque esto se había podido temer desde 1948 en adelante, esto modificaba nuestro horizonte propio y ajeno –y explica el movimiento por la paz, que sólo quienes no han vivido con esa trágica posibilidad en el horizonte pueden reducir a una servidumbre respecto a la URSS–. No sé hasta qué punto estábamos cerca, pero la conciencia común, desde los académicos al último militante, era que cuando existe un arma alguno termina utilizándola. Un enfrentamiento atómico habría ido más allá de la contraposición entre ideologías y potencias, arrastrando a todo el mundo.

[...]

Estaba saliendo adelante la primera generación crecida en la posguerra, la que había nacido en la década de 1940 y que, siendo tan pequeña, ni siquiera había divisado la guerra. Y que contemplaba el planeta con ojos distintos de los nuestros. Se pensó que finalmente se vivía mejor, que mañana se reivindicaría y se obtendría más y que los hijos tendrían más medios y ocasiones que los padres. Los sindicalistas dejaron de combatir los despidos para exigir más salario, más pausas, más derechos. La generación de 1968 contestaría a sus padres y madres porque no compartía su certeza de haber llegado a un umbral, cuyo límite sólo podían ver los hijos. Buena parte de lo esencial parecía estar en nuestras manos.

Se trata de un tránsito que dura hasta 1968. Escribir de ello sin la ayuda de documentación me permite comprobar hasta qué punto es extravagante-

te y estafadora la memoria. Será el instinto de salvar la cara o la negativa a volver sobre las heridas mal curadas, lo ya acontecido se torna fluido pero queda su colorido. Fueron años de esperanza. Comencé a moverme por toda Italia. Es un buen modo de conocer un país, se entra en él desde dentro, eres acogida por gente que te espera, y te sientes azorada cuando te das cuenta de que una pareja de ancianos te ha dejado el dormitorio y se ha ido a dormir a la cocina. En aquel entonces no había dinero para el hotel y esto defendió a la política de más de un vicio. De los compañeros entendías muchas cosas, también de lo que no se decía; era preciso distinguir la realidad de las esperanzas o del resentimiento, aunque contaba con una y otro. Italia era un *patchwork*. En la provincia republicana de Rávena, donde fui enviada para una campaña electoral, no existía la mayoría silenciosa con la que uno se topaba en toda la península, todo el mundo lo sabía todo en cuestiones políticas y tenían ideas muy arraigadas, también las amas de casa y los fruteros, y haciendo la compra las mujeres peleaban voto por voto. En la provincia de Palermo pude oír durante horas cómo gritaban mi nombre de aquí para allá por Monreale desde un coche otorgándome el título de «eminente marxista»; fui escuchada intensamente mientras los compañeros miraban en derredor con ojos fulminantes. Los comunistas practicaban una triple moral, puritanismo para la prensa, familismo para los católicos, machismo y coña para el uso privado, pero la compañera era protegida infatigablemente y en el Sur con un tono propio del siglo XVIII.

[...]

Era una experiencia plena. Me quedé pasmada cuando un par de jóvenes historiadores, durante un acto de conmemoración de Cesare Luporini, describieron afligidos a nuestra generación como la que se vio obligada a cortarse a sí misma las alas. ¿Cómo explicar que para nosotros el partido fue una marcha de más? Nos dio la clave de relaciones ilimitadas, aquellas a las que por sí solo no se accede jamás, de mundos distintos, de vínculos entre gente que trataba de ser igual, nunca serial, nunca dependiente, nunca convertida en mercancía, nunca utilitaria. Habrá sido una ilusión, un error, como llegó a decir hace un tiempo una amiga mía. Pero una compacta ilusión y una sólida equivocación, difícilmente distinguibles de una realidad humana.

En mi caso al menos así fueron las cosas. A lo sumo tenía más conocimiento de lo que sucedía fuera o dentro del partido que de lo que sucedía en los márgenes: en los bordes del Partido Socialista, y con algunos que nos habían abandonado. Respondí con las armas de las citas leninistas a las «Tesis sobre el control obrero» que fueron publicadas en *Problemi del socialismo*¹⁹, en lugar de intuir lo que comenzaba a moverse en un territorio de frontera obrero-intelectual. ¿No teníamos nosotros el mono-

¹⁹ Revista fundada por Lelio Basso en 1958 que prosigue su andadura hasta 1991. Desde 1993 se edita por la Fondazione Lelio e Lisli Basso bajo el título de *Parolechiave*.

polio de la condición proletaria? ¿No habíamos trabajado en ese terreno en los años más duros, diez, doce? Causa espanto, y no carece de una cierta comicidad, la resplandeciente buena fe de los comunistas. No desearía no haber tenido la oportunidad de conocerla. Sentirse pieza inteligente de un mosaico móvil, impregnados en las existencias y las necesidades ajenas, desinteresados y convencidos de utilizar la propia pizca de jerarquía para el bien común, es una experiencia fuerte.

[...]

El partido-partido me lo encontraría de nuevo no en Roma, sino en las ciudades y los arrabales que ahora recorría de sur a norte. Era mi partido, hecho de personas, mujeres, hombres, historias aferradas a una denuncia y a una esperanza, que lo esperaban todo del centro y al mismo tiempo desconfiaban de él. Allí confluían muchas historias, muchas y muy distintas. Algunas con ramificaciones en el pasado, otras asomándose a nuevas inquietudes, Gramsci sí, Gramsci no, en particular en el sur nervioso y orgulloso del que no paraba de hablarse con Salvemini, Guido Dorso y Tommaso Fiore, sin resolver jamás las cuestiones. No he vuelto a tener ocasión de conocer Italia como entonces, llegando de una comunidad política y entrando en una comunidad política, escuchando duras y confusas verdades y prometiendo –aunque a mí se me daba fatal– alguna redención. ¿No lo exigía la modernidad misma, la capitalista, ya que no había otras? Pero los intelectuales comunistas del sur parecían considerarla un contratiempo, un vacío respecto a las magníficas suertes que habrían de soldar directamente un noble pasado con un futuro libre. De Gramsci nadie leía *Americanismo y fordismo* y en cambio muchísimos leían *Il Risorgimento* y los textos sobre Machiavelli. «Esa es la cuestión», decíamos escépticos los del norte, de Roma para abajo se divagaba sobre una autonomía de lo político que desde el momento en que se apoyaba en un esquema positivista perdía de vista las relaciones de producción, su base material. ¿Y dónde estaba la base en aquel tránsito de un subdesarrollo rencoroso a la modernidad del consumo y a las infinitas actividades de mediación, sin una etapa educativa en la fábrica donde todo está más claro?

Roma estaba más pendiente de la autonomía de lo político que Turín o Milán. En Roma se giraba en torno a la dirección y ésta giraba en torno a las decisiones del gobierno y a las cuestiones internacionales. Y cómo determinaba las prioridades aquel centro no tardó en seducirme. Entre otros motivos porque la cúpula del partido, que desde lejos había percibido como una especie de superyó, en Roma estaba formada por individuos que a duras penas conseguían ocultar sus complicaciones. Debí ser muy fuerte el cemento que unió durante mucho tiempo a personas tan distintas como las que tuve ocasión de tratar a cierta distancia, Togliatti, Longo, Amendola, Ingrao, Pajetta y Luciano Lama, y D'Alema padre, y luego Berlinguer. Eran cualquier cosa menos un grupo de amigos. Supongo que tener entre las manos un instrumento poderoso y delicado –que Occhetto y D'Alema enterrarían más tarde antes de que expirase– les indujera a una

disciplina y les defendiese de acentos demasiado singulares. Togliatti y Longo, los únicos que venían de la década de 1930 y de Moscú, estaban entre los viejos, pero aparte, era palpable la distancia entre los Rosaio, los Secchia o el solitario Terracini. Los demás eran más jóvenes y la mirada que arrojaban sobre el partido era distinta. Como lo eran las esperanzas y la dedicación privada, íntima. Togliatti ya había hecho lo que importaba, transitar una continuidad simbólica dentro de un alejamiento respecto a la URSS en las opciones internas, el método y el registro. El principio de la década de 1960 lo aceleró todo, también las que a él le parecieron posibilidades y urgencias. En cuanto a Pajetta, vacilaba y se abrazaba a la «máquina», Amendola se esforzaba tenazmente en desplazarla, Ingrao en dirección contraria pero con reparos. Muchas de estas cosas las iría sabiendo por el camino. No creo que se hablaran fuera de las reuniones y dudo que cenaran juntos alguna vez.

En 1963 los crujidos pudieron oírse en todas partes, como cuando en primavera se rompen las placas de hielo en los grandes ríos. El PCI había luchado durante veinte años por un cambio del escenario político y la ocasión había llegado. Moro había roto a llorar en el congreso de la Democracia Cristiana en San Pellegrino. Era nuestro avance lo que hacía llorar, y no porque temiera la llegada de Moscú, era un hombre inteligente; lloraba por el final de la Democracia Cristiana como partido demiúrgico, el que preveía, decidía y mediaba, el que había construido la Italia posbélica. En muchos aspectos la obra maestra de los católicos. Ahora la DC no se las arreglaba por sí sola, iba a convertirse en un partido como los del resto de Europa. Y tenía que abrir, con moderación y astucia, el juego del gobierno. ¿Abrir a quién? A los socialistas, por supuesto, y aquí comenzaban las dudas y las variantes. Para nosotros y para ellos.

[...]

Togliatti murió un año después, en agosto de 1964. Me encontraba entre la muchedumbre que esperaba los restos mortales en Ciampino. Cuando vi asomar por el norte un aparato de Aeroflot se me encogió el corazón, también en la muerte llevaba la envoltura soviética. Esa había sido la acusación más dura, la de que era un hombre del PCUS, un siervo de Moscú.

[...]

¿Qué haría su sucesor? ¿Y, antes que nada, quién iba a sucederle? Longo sustituyó a Togliatti porque era vicesecretario, manifiestamente se trataba de un *interim*. Y no se había previsto nada: por primera vez el PCI posbélico tenía que decidir quién iba a dirigirlo. Togliatti se había encontrado con el puesto. Longo decidió de inmediato un «no hay vuelta atrás» en la relación con la URSS; hizo llegar las notas de Togliatti para Jrushchov, a través de K. S. Karol, a *Le Monde*. Jrushchov no las había visto porque el encuentro no llegó a celebrarse y por lo tanto podrían haber sido destruidas sin llamar la atención. No sé si Longo discutió su publicación en

la secretaría, pero desde luego no lo hizo con Moscú. Y de hecho al PCUS no le sentó nada bien y los comunistas franceses se pusieron como un basilisco. Karol era un amigo de Bavan y había favorecido las relaciones entre el PCI y el Partido Laborista británico, y había entrevistado a Togliatti un año antes. Era un polaco que había vivido siete años de guerra en Rusia y había abandonado Polonia en 1947, *rara avis* antiestalinista y no anticomunista, dirigía una publicación mensual, *La tribune des peuples*, y había sido reportero del *Express* en el breve periodo democrático de Servan-Schreiber. Había entrado en mi vida unos meses antes, para mi profunda sorpresa, ya que me consideraba fuera de combate, y allí ha permanecido. Al enterarse Amendola había arqueado las cejas: «¿Estás con Karol? Lástima, una persona tan buena», mientras que yo era ya una serpiente ingraiana. Pero no nos adelantemos.

[...]

Unos días más tarde se presentó en mi despacho Amendola que, como de costumbre, me propuso tomar un café abajo en via dell'Ara Coeli. Nada más entrar en el pequeño ascensor en el que Giorgio apenas cabía, perfecto elefante de seda gris, me preguntó a bocajarro: «¿Según tú quién debe suceder a Togliatti?» Según tú quería decir los jóvenes del último piso. «Bueno, tú o Ingrao. La partida se juega entre vosotros dos.» Negó con la cabeza: «No. Dividiría al partido. No nos lo podemos permitir. Hace falta una figura de unidad.» Hizo una breve pausa y luego, mientras el ascensor se detenía en la planta baja, me miró fijamente: «Todos unidos en torno a Enrico.» No entendí a la primera. ¿Qué Enrico? No había más Enrico que Berlinguer y no era una figura central en el grupo dirigente. Era un hombre reservado, había dirigido la FGCI y creo que en Moscú la Internacional de los Jóvenes, ahora estaba en Organización, terreno delicado, porque decidía el encuadramiento, y nadie hablaba mal de él. Interventía rara vez en el comité central y nunca se comprometía, con él se tenían conversaciones inusuales y precisas. No tenía nada de aquellos que se ponen en primera fila, no por cálculo sino por estilo; los comunistas fueron los últimos que continuaron conservando un estilo.

[...]

En cuanto a Ingrao, nunca se desarrolló como un jefe al uso. No calculó los movimientos, no dispuso sus peones, tampoco los defendió cuando fueron comidos. Ingraianos fueron los muchísimos que le tenían como referente, por sus intervenciones en las que siempre había la afirmación de un principio y el reconocimiento de la complejidad, la percepción aguda e interrogativa del cambio que se estaba produciendo a nuestro alrededor, la otra parte que nunca habría flirteado con los socialistas y no se habría enrocado en el pasado. Pero Ingrao no movía su propia cuadrilla, no intervenía sobre los cuadros, hablaba al partido y en las sedes regulares. Tal vez lo quería todo o nada. Desde luego nunca se decidió a dividirlo. No lo haría ni siquiera cuando la suerte del PCI estaba echada por el viraje de Occhetto y la Guerra del Golfo y una gran cantidad de afiliados tan sólo esperaba una palabra suya. Siempre retrocedió en el momento de la

ruptura, hasta que ya no pudo seguir dentro del partido, y entonces se fue solo, en 1994. Muchos le reprocharon que no hubiera encabezado la división que desembocaría en Refundación Comunista, con Cossutta como líder, que frente a Ingrao habría pesado poco.

[...]

Para la sucesión de Longo ya había sido elegido el joven Berlinguer, pero había que decidir qué línea tendría que seguir, la de Amendola y alrededores o la de Ingrao. Yo estaba con Ingrao, compañero respetado y reservado, que no metía la nariz en los campos ajenos –de la sección cultural y de mi condena no se había ocupado en absoluto– y que en raras ocasiones había venido a Milán, pero que mantuvo un discurso siempre justo para mis obreros, sin facilidades y sin circunlocuciones, sumadas a una melancolía no ostentada, una rara escucha interna. Una vez con mi marido le llevamos a la Lombardía aún desconocida y su mirada y su voz parecían perderse en el solitario lago de Mortofano al anochecer.

[...]

Los movimientos subterráneos que percibíamos eran muy distintos de los de la posguerra, que Italia sentía ya completamente superada, y era cierto. Había un crecimiento evidente, un desplazamiento de los grupos industriales, la percepción de que el intento de programación no había fracasado por casualidad, sino porque era un terreno de enfrentamiento político, y de que las instituciones estaban viejas y envilecidas, escuelas, hospitales, todas las instituciones de auxilio-control social. En cambio, hacia mediados de la década las luchas obreras que se habían mostrado impetuosas en los primeros años empezaron a zigzaguear: Bruno Trentin, al que veía con frecuencia, estaba preocupado, aunque con una preocupación distinta de la de diez años antes. Y además se había abierto de par en par la escena internacional, el colonialismo se retiraba, y creímos que no tardarían en brotar las flores de la libertad, una especie de socialismo difuso, la revolución de los oprimidos encuentra sus atajos. Y había una verdad, un abanico de potencialidades, pero no estudiamos ni el terreno que dejaba la cruel marejada europea, ni las fuerzas que iban a ocupar su lugar, y no sólo en África o en India, sino en Oriente Medio, éramos aproximativos. ¿O tal vez estábamos absorbidos por el fragor interno? [...]

1969

Nunca he creído en un comunismo premoderno, ni siquiera cuando la protesta del tercermundismo ascendió desde el sur del mundo y pareció como si quemara las etapas del lento y opaco movimiento obrero. Tuvo una gran resonancia, fue una verdadera revuelta, pero no podía ser una revolución. Por eso hoy no me sorprenden sus derivas hacia la barbarie, son terribles, nos las hemos buscado. Sigo perteneciendo al tiempo en el que la revolución fue pensada como una inversión radical de la burguesía en su apogeo. De hecho cuanto más recorría Italia más pendiente es-

taba –estábamos– del rumbo del desarrollo, que transformaba campos, pueblos y ciudades, y prometía y daba trabajo. Y luego estaba el cambio de los equilibrios internacionales, y el sentimiento de seguridad que se creaba en los individuos cuando se veían como un sujeto con derechos que podían hacer valer, no sólo en el caso de los trabajadores dependientes. ¿Cuántos años hace que ya no oigo lo que un día me dijo un obrero: «sabes, cada año estamos un poco mejor»? Por lo menos cuarenta. Hoy los sindicalistas sólo conocen los acuerdos a la baja, la reducción de daños. Lo que infunde valor es crecer. Si hubo un momento en el que había que aprovechar la ocasión fue aquél.

[...]

En 1977 Eugenio Scalfari haría una entrevista a Guido Carli, gobernador del Banco de Italia, en la que encontré muchas respuestas a los interrogantes a los que estuve dando vueltas en la década de 1960. Aquel hombre inteligente y cínico confirmaría que con los comunistas nunca había tenido problemas. Ni los habían tenido sus antecesores en el cargo. En 1946 el PCI estaba en el gobierno, pero tal vez no podía crearlos, y en cualquier caso no lo intentó, criticando a Riccardo Lombardi por la propuesta de impuesto sobre el mercado de valores y a Rodolfo Morandi por los consejos de gestión. Aceptaba las sugerencias de Raffaele Mattioli –el banquero delfín de Toeplitz, culto, desenfadado, antifascista, amigo de Piero Sraffa–, quien a su vez consideraba al PCI un partido inteligente que, puesto que no podía aspirar más que a una extensión del empleo y a una retribución menos inicua del mismo, era útil para la modernización del país. Mattioli no tenía una opinión muy favorable acerca de nuestra burguesía, políticamente inclinada al compromiso y empresarialmente incapaz de toda genialidad, y no tenía motivos para pensar que el IRI en aquel entonces de Beneduce²⁰ y ahora de Leopoldo Piccardi (que había pertenecido al CLN) fuera menos eficaz que una empresa privada. Pero ahora, en 1966, hacía mucho tiempo que la reconstrucción había terminado. El problema era la orientación de la esfera política respecto a los poderes económicos en una fase en la que el Estado podía servirse de muchos recursos. Y, desde la oposición, el PCI tenía un peso que nunca habría tenido (ni siquiera cuando cambió de nombre y asumió tareas de gobierno). El grupo dirigente continuó pensando tan sólo en la defensa del empleo y de una distribución más igualitaria de la renta, sin meter la cuchara en las estrategias de la política económica. No se planteó cambios radicales ni practicó un keynesianismo sensato. La política económica la hizo Guido Carli junto a algunos poderes fuertes entonces existentes, algunos de los cuales estaban empezando a formarse. A cambio, al PCI y a la CGIL, pero no sólo a ellos, se les concedió la dilapidación del gasto público.

²⁰ Alberto Beneduce (1877-1944), economista y político italiano, principal artífice económico del régimen fascista y fundador del Istituto per la Ricostruzione Industriale en 1933.

Así debieron suceder las cosas. Dudo que el PCI haya discutido a fondo la cuestión en algún momento, abandonando el esquema predilecto de un capitalismo italiano inepto y tendencialmente fascista; desde luego no se discutió en un comité central. Así es que la economía parecía cosa de los demás, no nuestra; lo nuestro eran las luchas e, indirectamente, el crecimiento. Nosotros nos ocupábamos del trabajo, palabra que en nuestra lengua confunde *travail* y *emploi*, *work* y *job*, escribir un libro y encontrar un empleo, fin y medio, valor y negación del valor. El PCI y el PSI intervenían allí donde no había trabajo o éste implicaba «demasiadas» vejaciones. Atacaban a la propiedad sólo cuando ésta era arcaica —el latifundio— o, durante un periodo breve, «monopolista»: contra el monopolio significó primero «por las nacionalizaciones», y luego, a sugerencia de Longo, por las medianas empresas.

[...]

De esta guisa se emprendió el camino durante todo 1966 hacia el XI Congreso del partido. Precedido de borrascas internas cuya figura inocente, arcangélica, fue Pietro Ingrao. Escuchando a una sociedad compleja él se daba cuenta de la pobreza del imaginario y de la práctica de la izquierda tal como había sido concebida hasta entonces, un PCI con carta blanca pero prudente y un PSI al que había que llevar al redil. No sólo entre las dos siglas, sino también en su interior había diferencias de fondo, de las que ahora se definen como reformismo y radicalismo, donde por reformismo se entiende una modificación del sistema político, al objeto de hacerle más sensible a las leyes del mercado, y por radicalismo una aceleración del cambio social. ¿Qué aceleración? Era, pensábamos, un desplazamiento de los equilibrios existentes, nada que ver con la alternancia —una palabra que entonces ni siquiera entraba en el lenguaje común—. Ingrao se sentía alejado de las fórmulas que se habían discutido hasta entonces —¿con los socialistas o no?— en medio del todavía incierto alboroto del país. En el XI Congreso proponía salir de la trampa en la que se había metido el centro izquierda, apoyándose en las luchas que tenían repercusión en el interior de todas las izquierdas y contribuían a la ruptura de la unidad de los católicos. Aquella debía ser la nueva trinchera, y la definió con cierta cautela como «un modelo de desarrollo» construido a partir de una especie de programa común entre las alas más modernas y radicales del partido, de los socialistas y del sindicato, en vez de insistir en los aspectos de discontinuidad e incluso de ruptura entre ambas. Discontinuidad también del partido católico, una parte del cual, liberada por el Vaticano II, se inclinaba hacia una crítica no sólo del gobierno, sino de la sociedad capitalista y consumista: los Granelli y los Gozzini, los Galloni y los Malfatti, cabezas pensantes inquietas en aquel entonces. La primacía pasaba de los encuentros-enfrentamientos de siglas históricas a una reformulación de los sujetos y de las necesidades que, procedentes de la sociedad, presionaban dentro de las mismas y en cierta medida también más allá de cada una de ellas.

[...]

En lo que respecta a Ingrao, se encaminaba hacia el XI Congreso del modo más inoportuno. Pienso que sabía que estaba en minoría en el grupo dirigente, pero se había abstenido marcadamente de buscar consensos en esta o aquella federación, en la CGIL o en cualquier otra parte, aclarando incluso cuanto pudiera haber de no explícito en su propuesta. Y sobre todo absteniéndose de presentarla «contra» otra. Su interlocutor era todo el partido, tenía que convencer a éste y sin ser percibido como un peligro para su cohesión. No era su estilo, tampoco su conciencia podía aceptar moverse al margen de las reglas. Debió pensar además que si su propuesta no era aprobada todo habría permanecido en el *statu quo*, como le sucedió a Amendola después de su desafortunada ocurrencia. El partido maduraba lentamente, pero era preciso madurar con él. En lo que atañe a su persona, volvería a intentarlo paciente y lealmente. Demostraba así una ingenuidad y una virtud que despertaban nuestra estima: no intrigaba, tenía miras elevadas, no tramaba operaciones de poder. En cambio, no debió darse cuenta de que en aquella transición se elegiría una opción sin retorno. Y esa no era una virtud, pero esto lo pensé mucho después.

[...]

Ingrao habló rápido a una sala que anhelaba algo más de radicalismo pero no menos unidad. No sé si además estaba ya prevenida por el centro. Dudo que la línea que Pietro estaba proponiendo con su lenguaje sobrio y argumentado fuese entendida, mientras se entendió perfectamente que pidiera a Longo que se legitimara el disenso. No recuerdo la cantidad de aplausos que recibió de la sala –los hubo– porque estaba mirando estupefacta a la presidencia, que se comportaba como jamás lo había hecho con anterioridad, haciendo ostentación de su contrariedad, caras largas y ningún aplauso, ni siquiera el aplauso distraído que se concedía a todo el mundo.

Poco después Ochetto hizo uso de la palabra: la del «modelo de desarrollo» era una línea de derecha respecto al informe del secretario y el derecho al disenso significaba dar paso a las aborrecidas corrientes. Ingrao escuchó con rostro concentrado la sucesión de intervenciones de la base, que desorientadas se abstuvieron de ir al grano, y la granizada de las de la derecha, que con escasa cortesía expusieron su oposición a todo cuanto había propuesto. Entre maniobras y reticencias, se quedó aislado y además pasó a ser sospechoso de actividad fraccional. Y nadie le había echado una mano. Perder porque sí, no había sido una gran idea la de mantener un perfil bajo. Ni siquiera la prensa entendió lo que estaba en juego.

Después vino el exterminio. Ingrao y todos los sospechosos de la más mínima inclinación a sus ideas fueron apartados de sus funciones. Él mismo obtuvo un puesto honroso –creo que entonces fue nombrado jefe del grupo en la Cámara, a cuya presidencia le destinaría en la siguiente década otro *promoveatur ut amoveatur*²¹, pero en aquella época el grupo parla-

mentario tenía bastante poco peso—. Luigi Pintor fue apartado de *L'Unità* después de veinte años de trabajo y enviado a Cerdeña, región que a decir verdad no era de primordial importancia, Reichlin era reclamado desde la Apulia, que sin embargo era importante, y otros, en el centro y en la periferia, fueron degradados de distintas maneras, Lucio Magri de la comisión de trabajo de masas de Botteghe Oscure y Luciana Castellina de *La città futura*. En cuanto a mí, me apartaron de todas las funciones en el aparato central o periférico. Seguía siendo diputada hasta 1968 y luego ya se vería.

[...]

A mí me dolió hasta lo intolerable que después de tantos años se me apartara de toda responsabilidad en el partido. Había estado en la secretaría de una gran federación, había dirigido una comisión nacional, había sido concejal de ayuntamiento y, aunque sin entusiasmo, había sido parlamentaria. No había excluido la posibilidad de ser degradada en algún momento. Pero no contaba con que podía ser apartada como si fuera una apestada.

Me resultó insoportable. Veinte años antes había elegido el trabajo en el partido, en vez de dedicarme a las labores de diputada. Me encontraba bien en aquel organismo rígido pero vivo, donde llegaba a esta o aquella sección o federación y me sentaba a una mesa o subía a un palco a hablar con caras de verdad delante, buscando esperanza y protesta, y cuando me iba me acompañaba un «vuelve». Había dejado Milán, mi Norte y mi gente por un cargo que no había pedido y del cual había corrido conscientemente el riesgo de que me apartaran, porque estaba segura de que llevaba razón. Habría podido trabajar en otro puesto, no faltaban los lugares en los que continuar estando dentro de aquel cuerpo que había pasado a ser el mío. Y en cambio me encontraba como diputada, o sea, nada. Me sentía ofendida y furiosa.

No iba a dejarme congelar en Montecitorio. Tenía poco más de cuarenta años, sabía muchas cosas de la política, y lo sabía todo acerca de qué era un partido, y no sólo de los mecanismos que me habían triturado tan amablemente. No tenía intención de mendigar una reelección, la Cámara era lo que menos me interesaba. No pensaba quedarme en Roma, volvía a mi Norte. Iba a buscar un trabajo e iba a encontrarlo porque al fin y al cabo yo era yo. Lo primero que me vino a la cabeza fue Einaudi, en Turín. Escribí unas breves líneas a Giulio, no tengo otras obligaciones, entro a trabajar con vosotros. Estaba en París con Karol cuando llegó la respuesta, igualmente breve; lamentamos informarla de que en este momento esta Casa no precisa de sus servicios.

Me quedé fulminada. Como cuando se habla de herida narcisista. Siempre había estado segura de poder elegir, sabía hacer, sabía organizar, co-

²¹ Locución latina que se traduce: «que sea ascendido para poder quitárselo de en medio».

nocía a la izquierda de medio mundo, siempre me había salido todo bien, también en el PCI hasta que tuve que enfrentarme por la línea política. Pero resultó que no. No era nadie en el partido y fuera del partido no tenía ninguna importancia. La cólera se tornó en furia. Agarré el vaso que tenía en las manos y lo estrellé contra la pared. Un instante después pude verme. Vi a Karol estupefacto, a mí misma estupefacta. Me calmé de repente. Fui a buscar una bayeta para limpiar el hilo de líquido amarillo que bajaba por la pared. Me sentía estúpida.

[...]

En cambio, la ocasión que consideraba perdida no tardó en presentarse. Los temblores que se habían percibido anticipaban la erupción de 1968. ¿Pero quién podía prever su amplitud? Nadie, ni siquiera aquellos que serían sus protagonistas.

Y en Italia 1968 fue más extenso que en otros lugares y no duró sólo un mes de mayo; de hecho comenzó en 1967 en las facultades de arquitectura de Turín y Venecia, en otoño del mismo año estalló en Trento con la ocupación de sociología, y cundió en todas partes desde diciembre de 1967 a todo el año siguiente. En 1969, como si no pudiera soportar todo el rechazo y no lograra responder a todas las preguntas que había suscitado, el movimiento universitario languideció, pero en otoño de aquel año, con la vuelta al trabajo, los obreros ocuparon los grandes complejos industriales del Norte, gestionándolos a través de las asambleas con formas y contenidos que no eran los habituales del movimiento obrero. Desde allí aquella especie de reapropiación de sí mismos penetraría durante varios años en radios, periódicos, hospitales e incluso en parte del ejército. A distancia de los años, aquellos que entonces le adulaban hoy ofrecen del mismo una lectura torva, tal fue el miedo que les entró a los patronos y al *establishment*, hasta convertir en moneda de uso corriente la tesis: se empieza protestando contra la escuela y se termina empuñando un revolver.

[...]

En el comité central, donde todo tenía que ponerse sobre la mesa, sobre la mesa no hubo nada. Como había previsto Ingrao. Las tensiones en la cúpula no fueron visibles. No recuerdo si tomé la palabra, si lo hice no me expuse a un tiroteo. Ahora el ansia se apoderaba de mí cuando hablaba, y la vergüenza cuando callaba. Las tenazas de la familia a la que pertenecía me apretaban entre dos errores, y yo que creía que era inmune.

La sesión del comité central se celebró en un momento de tregua aparente. La presión estudiantil había perdido fuelle por la cercanía del verano, enjambres de jóvenes pasaban de una ciudad a otra, en Italia y en Europa, buscándose por el mundo, fue una curiosa Internacional. Se pasaban direcciones y contactos, llamaban a las respectivas casas, los padres se habían fugado de veraneo. Estaban seguros de que lo que querían era lo

justo, todavía no había en ellos nada de vengativo, salvo los Uccelli en Roma²², que creo que surgieron entonces, apacibles por lo demás. Aquellos muchachos eran distraídos y alegres, solían llevar una guitarra y se iban sin hacer la cama. No buscaban al PCI y éste estaba aliviado de no tenerles encima a sol y a sombra. El partido pensaba que no había sido más que un temporal y que había terminado. Estaba contento de que hubiera terminado. En Francia había terminado.

Parecía suspendida también la amenaza soviética. Dos locomotoras surrealistas que no tiraban más que de un vagón de dirigentes cada una, la checa y la soviética, se husmearon en la frontera entre los dos países, se hablaron sin desplazarse del propio territorio y se aseguraron: yo no salgo del campo socialista, yo no te invado. Lo tomamos como una señal positiva, tantas ganas teníamos de alejar y aplazar. Pero era una tregua, aunque los documentos se mostraban optimistas. Nos interrogábamos no sólo sobre lo que iba a hacer la URSS sino sobre en qué nos estábamos convirtiendo a fuerza de eludir los emplazamientos. Habíamos trabajado tanto para que el país no se resignase y esperado a que el Este se descongelase. Pero apenas los objetivos cobraban un cierto cuerpo, volvíamos a quedarnos paralizados. El PCI era capaz de reaccionar sólo cuando se sentía amenazado por la derecha, si era interpelado por su propia parte se ponía a la defensiva, trataba de frenar, de ahuyentar. ¿Qué podía ser más grave que esa evasión? Conocía el reflejo comunista de autoconservación, pero hasta entonces había querido convencerme de que si nos replegábamos era con vistas a una acción más eficaz, *reculer pour mieux sauter*. Ahora, de tanto retroceder ya no estábamos en condiciones de saltar.

[...]

Unos días después de aquel cadavérico comité central se oscurecieron las nubes sobre Praga. Luigi Longo hizo un gesto insólito: mandó una carta al PCUS en la que advertía que si la URSS emprendía una demostración de fuerza sobre Checoslovaquia él, Longo, la condenaría, con independencia de la posición que adoptara la dirección. No lo habría puesto por escrito si no hubiera estado sumamente preocupado y no hubiese sabido que la dirección habría vacilado. No sé de quienes esperaba una vacilación, de Secchia, Sereni, desde luego, tal vez de Pajetta, tal vez de Amendola. En cualquier caso, él, Longo, se comprometía y lo hacía saber: pertenozco a la Internacional, os conozco, me conocéis. Os condenaré sin paliativos. Pensáoslo dos veces.

²² Los Uccelli [pájaros] fueron un grupo de estudiantes de la Universidad romana de La Sapienza que ocuparon durante 36 horas la cúpula de Sant'Ivo, después de haber conseguido hacerse con las llaves. Fueron un grupo de carácter irreverente y creativo nacido en la facultad de Arquitectura, que celebraba sus reuniones en los jardines del campus y contestaba el intelectualismo de los grupos de extrema izquierda.

[...]

Hacia la medianoche del 21 de agosto recibí una llamada de Alfredo Reichlin: los tanques soviéticos están entrando en Praga. La secretaría fue convocada urgentemente. Karol y yo acudimos corriendo a la embajada cubana, Castro había despotricado contra la incapacidad de la URSS para entender a los hermanos y aliados. El embajador esperaba de un momento a otro la condena de La Habana. El momento se prolongó durante la noche. A la mañana siguiente volvió a llamarme Reichlin: tu amigo Castro no condena la invasión.

[...]

Pero aquella rabia debió de tragársela de alguna manera a juzgar por el informe al comité central, que también fue contenido. Reprobó el «trágico error». ¿Qué demonios quería decir error, y además trágico? ¿Un equívoco? ¿Una culpa preterintencional? ¿Un descuido en un camino correcto? A algunos nos pareció insoportablemente hipócrita, o tal vez estábamos hartos de un hablar quedándose cortos que lindaba con el silencio. Y por primera vez nos arrancamos de verdad siendo más de uno. Pero cómo que un error, estaba dentro de la lógica de aquello en lo que se había convertido el campo socialista: un bloque de Estados que no se disolvía únicamente porque tenían una soberanía limitada. Habrían podido respondernos: siempre ha sido así. Habríamos podido rebatir que no había sido así hasta 1949, y no habríamos debido tolerarlo ya en aquel entonces. El único error que había habido era no haberlo discutido. Y que no se metiese por medio la Guerra Fría, que las acusaciones de traición y los ahorcamientos no habían hecho más que agravar. Y en 1956 nos habíamos tragado los sucesos de Hungría. Callarse fue y seguía siendo una falta.

No recuerdo si llegamos a decir todo esto desde la tribuna, sé que fue la primera entrada clamorosa de Pintor, de Natoli, no recuerdo si también mía, habíamos estado hablando febrilmente durante aquellos días. Alguno, precavidamente, nos siguió. No la dirección. No puedo excluir que se hubieran degollado entre sí dentro de la secretaría, pero luego habían llegado a un compromiso en torno al «trágico error». Tal vez por el acostumbrado *«ne pas désespérer Billancourt»*²³. Nos replicaron acusándonos de antisovietismo, habíamos ido imperdonablemente más allá de lo que ya era un desgarramiento. Allí comenzó nuestro final, o el pretexto de lo que sería nuestro final. Pensándolo ahora, la mayor responsabilidad del PCI no fue la de expulsarnos, sino la de haberse adherido a la «normalización» más allá de lo que entonces era obligatorio. Togliatti había escrito su memorándum. Se había celebrado en Praga un congreso de comunistas, y no de los escasamente apreciados disidentes, sino de aquel Partido comunista checoslovaco que en las elecciones de posguerra se había convertido en el mayor de Europa con su 38 por 100 de los sufragios, que el 21

²³ Expresión que utilizaban los comunistas franceses como una forma de justificar el silencio sobre la represión en los antiguos países socialistas y en particular en la URSS.

de agosto no había desaparecido, que no había empuñado las armas contra Moscú, y el PCI renegaba de él. Cuando continuó viviendo bajo la represión, en el confinamiento, en los recovecos de la sociedad, en el exilio, y sus hombres buscaron alguna forma de contacto, Botteghe Oscure no recibió a uno solo de ellos. Sólo Bruno Trentin tuvo el valor de acoger amistosamente en la CGIL a un hombre del Este, no checo, al polaco Adam Michnik²⁴, que por lo demás no era comunista. Los checos, Reimann, Smrkowski, Hájek, Fri? –los nombres surgen con sus rostros– fueron condenados al silencio. Ni siquiera los hombres de estudio y de letras, los Goldstücker²⁵ y los Liehm²⁶, a los que en un determinado momento Husák permitió abandonar el país, llegaron a entrar jamás en Botteghe Oscure. Les dejaba irse porque estaba seguro de que ningún partido comunista iba a echarles una mano. Encontraron alguna acogida entre los socialistas, que poco podían hacer. Y cuando aquellos países fueron cayendo uno tras otro fuera del «socialismo real» todo había quedado devastado, incluso la más tibia socialdemocracia. El exilio de los hombres del Este –no sólo checoslovacos, sino también muchos polacos y algunos húngaros– fue desesperante.

El movimiento de 1968 no se vio comprometido. Ya había dejado a sus espaldas el universo comunista, los Estados y los partidos. No les interesaban, no sabían nada al respecto, les bastaba la conducta del PCF en el Mayo parisino y la defensa del extremismo contra Lenin que Daniel Cohn-Bendit no volvería a escribir hoy en día. Las noticias del desastre que llegaban cada cierto tiempo procedentes del Este retrataban a aquellas sociedades como cuarteles. Los sesenta y ochistas eran libertarios, anti-burgueses, antisistema, anticapitalistas y antiimperialistas. De vez en cuando aclamaban a Lenin, a Rosa Luxemburg (pocos), a Ho Chi Minh y a Mao (la mayoría), pero no eran más que símbolos simpáticos. Se trataba de derrotar al poder, es más, a los poderes establecidos en nuestro país, y les pareció algo al alcance de la mano, que vendría después de la toma de conciencia, que estaba ya en la toma de conciencia. No se preguntaban qué había sido o qué sería del intento de crear una sociedad distinta. Sus pasiones y sus condenas eran ardientes y superficiales, y salvo una simpatía hacia los anarquistas, las fuerzas políticas no entraron jamás en sus reflexiones.

En otoño de 1968 los estudiantes volvieron a encontrarse en sus sedes, decididos a erosionar las universidades antes que a llenar las calles. No se equivocaban. Impugnaron los modos y los tiempos de la enseñanza y

²⁴ Adam Michnik (1946), historiador, ensayista, político y publicista, fue entre 1968 y 1989 uno de los principales organizadores de la oposición democrática ilegal en Polonia.

²⁵ Eduard Goldstücker (1913-2000), teórico de la literatura, publicista y germanista checoslovaco. Participa activamente en la Primavera de Praga, exiliándose a Inglaterra tras la invasión soviética.

²⁶ Antonín J. Liehm (1924), crítico de cine, publicista y hombre de letras checo. Participa activamente en el movimiento de la Primavera de Praga.

los docentes no supieron cómo hacerles frente. No todos se jactarían, como Claude Lévi-Strauss, de haberse limitado, con motivo de la explosión de mayo, a hacer que quitaran las alfombras de su despacho. La mayoría estaban afectados, se sentían ofendidos, trastornados, y se defendieron de mala manera. Tampoco les animaba a acercarse a observar más de cerca verse estigmatizados como odiosa y en cualquier caso difunta autoridad académica. Los cursos eran dados a duras penas por los escasos absueltos de la acusación de connivencia, pero tampoco estos se libraban de verse interrumpidos por una u otra increpación.

Las autogestiones eran difusas y confusas. El ensayo de Guido Viale, «Contro l'università», publicado en los *Quaderni Piacentini*²⁷, que había roto las hostilidades, sigue siendo convincente, pero la cuestión de en qué podría consistir una transmisión de los saberes distinta, de qué tipo de saberes, y por qué y cómo, quedó sin respuesta por incapacidad de las partes. Más tarde, la calificación de 30 para todos entusiasmó a los muchachos, aterrorizó a los profesores y no cambió nada. En el invierno de 1969 comenzaron a organizarse los grupos que se definieron extraparlamentarios. Habían nacido de la sensata necesidad de proporcionarse un análisis, una tesis y una línea de acción que no se limitara a las manifestaciones. Pero como la escuela era una pieza del sistema, enseguida su reforma o su revolución —era una cuestión de lenguaje— pasaron a un segundo plano. Los grupos fueron políticos por doquier, *Avanguardia Operaia* era el más reflexivo, *Potere Operaio* el más culto, *Lotta Continua* el portador más extenso del rechazo, del «todo y ahora mismo», los marxistas-leninistas prochinos se dividieron rápidamente en dos, línea roja y línea negra²⁸. En aquel hervidero de propuestas muchísimos pasaron de un grupo a otro y muchos, que no se sentían representados o consideraban funesta toda forma de organización, se debatieron en la autogestión de los contracursos. «Contra» era el denominador común, y no les faltaban razones.

[...]

Mientras duró la erupción estudiantil el PCI no abrió la boca. Se refugió en un rincón arqueando la espalda como un gato bajo el temporal. Cuando unos años más tarde vio las derivas minoritarias violentas no se cuestionó nada, no se reprochó una omisión, se felicitó a sí mismo y se pasó al bando de la acusación. La ausencia fue teorizada como severamente crítica, pero fue ausencia y punto. Un intento de movilizar en el otoño a los estudiantes de enseñanza media duró poco tiempo; eran más jóvenes, estaban más disciplinados en su clase, no tenían la libertad de los universitarios. Pero en el otoño de 1968 no les seguía de cerca. La invasión de

²⁷ Los *Quaderni Piacentini* (1962-1984) fue una revista trimestral fundada y dirigida por Pier Giorgio Bellocchio en marzo de 1962 en Piacenza. La publicación puede considerarse una de las revistas políticas y culturales más interesantes de aquellos años.

²⁸ Sobre la trayectoria de estos grupos véase, M. Bascetta, S. Bonsignori, S. Petrucciani, F. Carlini, 1968. *Una revolución mundial (CD-ROM/libro)*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 12», Ediciones Akal, 2001.

Checoslovaquia pesaba tanto dentro del PCI como poco entre los estudiantes, les ofuscaba, recreaba el síndrome de «todos nos atacan», deformaba aquel gran cuerpo político asimilándolo a las vicisitudes de la URSS.

Nos encaminábamos con desasosiego hacia el XII Congreso del partido, cuyas tesis, elaboradas por la dirección, se mostraban reticentes acerca de todo, estudiantes, situación interna e invasión de Praga. En el comité central que debía sancionarlas, Natoli, Pintor, Caprara²⁹, Milani³⁰ y alguno más de nosotros las rechazaron, y no a media voz. Debió de ser un fuego graneado que interpretaba lo que muchos pensaban porque, si no me traiciona la memoria, el texto no fue sometido a votación sino trasladado como un borrador a los congresos provinciales. Y en su discusión las federaciones se dividieron, algunas más que otras.

[...]

Quienes se hubieran hecho ilusiones con el discurso de Berlinguer tuvieron que abandonarlas. Natoli, Pintor y yo fuimos reelegidos para el comité central –los demás no– y exonerados de todo cargo. No sé que habríamos aceptado si nos lo hubieran ofrecido, pero el dilema no se planteó. Al cabo de unas semanas comprendimos que, como ocurrió en el XI Congreso, éramos notables y punto. Luigi ya no tenía peso en Cagliari, ni Natoli en Roma, ni Lucio Magri o Eliseo Milani en Bérgamo.

Los dos meses siguientes fueron insoportables. Checoslovaquia estaba «normalizada» y ya nadie hablaba de ello; algunos emigrados, como Jirí Pelikán, trataban de reconstruir algún tipo de relación. Chou En-lai declaraba terminada la Revolución Cultural. La ofensiva del Tet resultaba victoriosa. Las universidades estaban llevando a cabo una larga y lenta retirada, sin reconciliación. Y hasta aquel momento, de las fábricas, salvo el caso de la Marzotto en Valdagno justo doce meses antes, parecía que no llegaba nada. Los últimos dos o tres años habían sido duros, las luchas del comienzo de la década parecieron lejanas, breves llamaradas. Yo había dejado de seguir su pulso, atrapada en el ambiente romano. Me había convertido en un verdadera política-política y además perdedora. Si hubiera vuelto a Milán, donde ya no me quedaba nada mío, no me habrían asignado nin-

²⁹ Massimo Caprara, político y escritor italiano. Desde 1944 fue secretario personal de Palmiro Togliatti durante veinte años. Diputado desde 1953, elegido por Nápoles, durante cuatro legislaturas, presidente del grupo comunista y miembro del comité central del PCI. Desempeñó también diversos cargos en la administración local. Fue redactor-jefe de *Rinascita* bajo la dirección de Togliatti. Fue uno de los fundadores del grupo *Il Manifesto*, siendo por ello expulsado del partido en 1969. Abandonó posteriormente la ideología comunista, adhiriéndose a Forza Italia.

³⁰ Eliseo Milani (1927-2004), político comunista italiano. Diputado en las listas del PCI desde 1968, cargó que ostentó durante tres legislaturas. Expulsado del partido en 1969 por ser uno de los fundadores de *Il Manifesto*, fue dirigente de referencia del Partito di Unità Proletaria (1972-1984), no aceptó la reintegración de éste en el PCI decidida por la mayoría del partido en 1984. Senador vitalicio de la izquierda independiente, colaboró con el Centro di Riforma dello Stato de Pietro Ingrao.

gún trabajo y donde sabía que habría sido escuchada con sospecha incluso por la base: ¿cómo podía el partido estar completamente equivocado? Y lo mismo les sucedía a Luigi, a Aldo, a Lucio y a Eliseo, todos como peces alejados de sus aguas. Los miles de compañeros que habían depositado sus esperanzas en nosotros con motivo del congreso nos miraban ahora con azoramiento.

[...]

El secretario y yo hablamos en serio, largo y tendido y con sinceridad en aquel agosto. Ambos sabíamos lo que estaba en juego, y él dudó hasta el último momento que fuese oportuno cerrarnos el paso con un acto de autoridad. Y tal vez no habría visto con malos ojos un par de revistas de tendencia, él mismo estaba preguntándose qué hacer, llegaría al viraje de 1973 sólo después de una larga reflexión y del golpe de Estado en Chile. Pero le preocupaba que alguien, apoyado por el PCUS –tal vez Secchia, tal vez Cossutta, no dio nombres– se aprovechara de nuestro precedente para lanzar una hoja filosoviética que podía acarrear daños. De parte nuestra nunca llegó a temerlos, y no era un cumplido. En cuanto al peligro de una hoja filosoviética, era bastante escaso, como llegaría a comprobarse en España. La presunta fidelidad de la base a la URSS era más una necesidad de tener una referencia que un apego a la Revolución de Octubre. Se comprobaría cuando el PCI cambió de nombre y de orientación. Él, Berlinguer, había muerto antes, y dudo de que hubiera actuado como Occhetto. En cambio, no vaciló a la hora de desafiar a la URSS dejando de oponerse a la OTAN. Era más fácil hacerles tragar con la OTAN que una crítica al socialismo real. Tal vez la cuestión de *Il Manifesto* fue un problema exclusivo e interno del grupo dirigente. Hace un par de años, visitando a Natta, que estaba muy enfermo, le pregunté: ¿Por qué nos echásteis? Porque dividíais el partido, respondió. ¿Y las cosas hubieran terminado peor de lo que lo han hecho?, objeté. Pero estaba siendo cruel. También Berlinguer murió derrotado, y Natta en la soledad y la amargura, tras un breve retorno a los estudios, *in Arcadia*, como escribió. El PCI de la década de 1980 extenuó más a aquellos que le habían sido fieles que a aquellos que había excluido.

Nuestra historia se precipitó con el número de *Il Manifesto* de septiembre de 1969 que publicaba, en el aniversario de la invasión, un editorial titulado «Praga está sola». No lo firmaba, pero lo había escrito Magri. Y en efecto Praga estaba sola, el nuevo curso había sido demasiado para Moscú y demasiado poco para Washington. El mundo se vino abajo. Volvió a convocarse un comité central y éste pidió formalmente el cierre de la revista, sometiendo la decisión a las federaciones. Y eso fue lo que sucedió.

Y aquí surge la paradoja: comenzaba el «otoño caliente» y el PCI, en lugar de zambullirse en éste se retorció sobre *Il Manifesto* desde julio hasta noviembre. El centro de sus pensamientos –o al menos de los públicos–, así como el de nada menos que tres comités centrales, lo ocupamos nosotros, en lugar de las grandes fábricas que, con la vuelta al trabajo des-

pués de las vacaciones, eran ocupadas inesperadamente por los trabajadores, una a una, incluida, mejor dicho, a la cabeza de todas ellas, la FIAT. Ocupación que habría debido plantearles problemas muy distintos que los del movimiento estudiantil. ¿Se los planteó en su fuero interno? No lo sé. Tampoco nosotros, que éramos en gran parte los del Norte y la fijación con las fábricas, llegamos a comprender en un primer momento la desmesura del acontecimiento. Porque las empresas no sólo eran ocupadas, sino también gestionadas por los ocupantes. La producción pasó a ser dirigida por el enorme consejo de Mirafiori en lugar de los directivos de Agnelli; las dificultades llegarían con la comercialización, que no podía estar en manos obreras sin un cambio radical de la sociedad, y no sólo de la italiana. Todavía no se hablaba de globalización, pero despuntaban las multinacionales, las primeras que atravesaban llamativamente las fronteras, y que se volvieron innombrables por haber sido citadas, con razón por lo demás, por las Brigadas Rojas³¹.

La de 1969 fue la mayor y más culta de las luchas obreras de la posguerra. Es preciso entender lo que significaba para los dependientes una insubordinación de aquella índole: no era como ausentarse con la huelga, significa entrar, apoderarse de todo el conjunto productivo, destituir las jerarquías y ponerlo en funcionamiento. Arriesgándose no a unos golpes de la policía o a la venganza de los profesores, sino a perder el trabajo, el salario, las condiciones concretas de la vida. Y no eran los valerosos supervivientes de décadas de represión, era una mano de obra joven, a menudo no cualificada, pero aculturada en la aculturación caótica de la sociedad. Y había hecho suyo, no sé hasta qué punto de manera consciente, aquello que la fragorosa contestación estudiantil había hecho cundir el año anterior; más tarde se discutió si el 1968 de los estudiantes era el fruto de las primeras insubordinaciones obreras de la década de 1960, o si 1969 era el producto último de aquel huracán juvenil. La década de 1960 es un traer a la memoria que no se hacía explícito.

[...]

Lo que estaba sucediendo en el otoño de 1969 daba la razón a *Il Manifesto* e iba mucho más lejos. El PCI no iba a poder gobernar aquella insurgencia, por no decir que ya no estaba en condiciones de pensar lo que estaba pasando en el mundo, en terceros países, en la formación de las burguesías nacionales hasta llegar a la OPEP y a la crisis energética de 1974 sin profundizar en áreas cada vez más amplias del modo de producción. Y la propiedad, quitarle poder de decisión sin hacer que huyan los capitales.

[...]

En resumen, lo nuestro era un engaño extremista. Así que, paradójicamente, nos convertimos en objeto de distracción, las federaciones debían

³¹ Sobre las BR, véase, Mario Moretti, *Brigadas Rojas* (entrevistado por R. Rossanda y C. Mosca), Madrid, «Cuestiones de antagonismo 14», Ediciones Akal, 2002.

tomar una decisión sobre nuestro caso mientras habrían debido rendirse a las asambleas obreras. Sin embargo, la atmósfera había cambiado respecto al XII Congreso y muchos vacilaron antes de pedir nuestra exclusión. Entonces Botteghe Oscure puso fin a la consulta.

Aquellos de nosotros que pensaron: seremos para el PCI lo que el Vietnam es para Estados Unidos, se equivocaban. El 24 de noviembre volvió a convocarse el comité central con el objetivo de expulsarnos. La fórmula de «expulsión» implicaba que no éramos enemigos, vendidos o espías. No se trataba más que de un cambio de estilo. Berlinguer me dijo que no iba a haber limitaciones de tiempo para mi intervención después del informe. En la puerta de la sala me condujo un instante aparte: «Todavía estáis a tiempo.» «¿De hacer un gesto de obediencia?». «No, un gesto de fidelidad.» Hablé durante unos cuarenta minutos. Otro tanto hizo a modo de conclusión Aldo Natoli, y no le perdonaron que dijera: «Para ser comunista no hace falta carné.»

No, no hacía falta para ser comunistas. Pero para mover un país hacía falta un gran partido. No era, o había dejado de serlo, el PCI. Al menos Aldo y yo nunca nos hicimos la ilusión de que llegaríamos a poner los pies en otro. No me acuerdo bien del debate en el comité central. El PCI hizo del mismo un libro que no tengo ganas de releer, escrutando en las intervenciones los susurros de apoyo o de ataque que debe revelar. La secretaría había marcado la pauta, debíamos ser excluidos pero sin insultarnos ni acusarnos de traición. Excluidos porque éramos otra cosa –y en eso no se equivocaba–. El comité central aprobó nuestra expulsión, salvo una docena de compañeros que votaron en contra o se abstuvieron –Chiarante, Luporini, Garavini, Occhetto–, no me fijé en Ingrao, Reichlin y los amigos mientras levantaban la mano para excluirnos. Trentin no estaba. No he vuelto a contar los votos. He aprendido a encajar los golpes. No estaba resentida ni, a decir verdad, conmocionada. Solo me dio un vuelco el corazón cuando abrieron de par en par las puertas que habitualmente estaban vedadas a los fotógrafos y, por así decirlo, nos sirvieron en bandeja a la prensa. No lo había previsto. Ya no éramos de los suyos, de los nuestros. Todavía se conservan las instantáneas de agencia, estamos los tres, Aldo, Luigi y yo, serios y fríos, uno al lado del otro.

Aquella mañana salí de Botteghe Oscure y sólo volvería a entrar quince años después, invitada con Pintor y Magri a un coloquio con Natta. Quería decirnos: «No volveremos con la Democracia Cristiana.» Berlinguer caía fulminado de un patatús mientras celebraba un mitin en Padua contra la abolición de la escala móvil de salarios. Fulminado, sigo pensando, porque ya no le quedaban fuerzas. Su tentativa dependía completamente del inseguro Moro, y cuando Moro fue asesinado perdió el escaso, y creo que ilusorio espacio que le quedaba. No había vuelto a verle. Al dejar de poner el pie en la Cámara dejé de toparme con Amendola, y en lo que respecta a Pajetta, me retiró el saludo. Nosotros, *Il Manifesto*, no caímos en el vacío como les sucedía a la mayoría de los que abandonaron el PCI.

Caímos en plena crisis de la universidad y de las luchas obreras. Esperábamos ser el puente entre aquellas ideas jóvenes y la sabiduría de la vieja izquierda, que había vivido sus horas de gloria. No funcionó. Pero esa es otra historia.